

FRENTE AL PELIGRO
"AL MARGEN DEL IMPERIALISMO YANQUI"

Dedicatoria

Al Honorable ciudadano Presidente de la República, DON CARLOS MELENDEZ, le dedico este libro como un sincero homenaje a su patriótica actitud en pro de la independencia y de la autonomía de Centro-América.

S. T. R.

Tipografía La Unión.—Dutriz Hnos.—S. Salvador

HAY en el organismo de ciertos jóvenes de Centro-América un espíritu tallado en hierro, que ve como sobre una cumbre el mal que corroe a la Patria, que crea fuerzas dentro de la corrupción que azota como un viento la melena de estos leones exangües del Istmo.

Yo alabo el vigor; exalto la energía, y mi verbo va rectamente al hombre que levanta una bandera sagrada frente a los piratas del Derecho y la Justicia.

Salvador Turcios R., ha venido fortaleciéndose, levantando su palabra, llevando sangre nueva al rostro que debe ser rojo en los momentos en que el nombre de Centro-América sea pronunciado por los labios de la juventud.

Ya no es el hombre solo el que va en marcha; hoy son los pueblos que al dirigirse en pos de sus destinos, marcan el sendero con sangre viva y palpitante.

Turcios R, invoca el pasado, mira el presente y se agarra al porvenir con fe absoluta. Es un gesto que manda, una voz que triunfa y una semilla que se siembra en lo más hondo del surco. Yo creo en la juventud que dá su cara al sol; que muestra con su índice el peligro y que quema su entusiasmo cuando ya no hay proyectiles.

En los recodos de la Historia hay una trabazón babilónica que los ciegos de alma jamás podrán entrever ni descubrir; solamente los jóvenes con la visión suprema que les anima, pueden arrancar el velo y plantar la claridad encima del horizonte. Se trata en este libro del peligro yanqui, de un imperialismo absorbente que se dirige a oscurecer el camino de las Repúblicas Latinoamericanas. La actuación de éstas, escrita está con nervio, con sangre y con hierro; ele-

mentos todos que deben servir en la decisión de nuestros destinos.

Una lágrima menos; una espiga más; un retoño de la planta que no se había cultivado, será el máximo de mi felicidad, decía José Cecilio del Valle, aquel maestro que se hermanó con la Naturaleza; bebiendo toda su savia portentosa. Así pensaba el sabio y el político que hizo de su cerebro un culto para la Patria. Esta senda sigue Turcios R, y tal es la que deben seguir los jóvenes del Istmo que tengan entusiasmo, fuego y alas, y puños fuertes para exprimir los corazones que han de ser de hiel para los enemigos, y de miel para los hijos de Centro-América que salven su independencia, sus tradiciones y sus glorias.

Turcios R, es un bello poeta pensando en la tierra redimida, la que es de nuestro corazón. Si Guatemala puede ofrendarle el pecho de su quetzal maravilloso; si Honduras, la canción de sus montañas y de sus selvas; si Nicaragua el rumor de sus lagos y los lamentos del Momotombo; si Costa Rica sale a su paso

para ofrecerle sus campos nutridos
de esfuerzo y de trabajo; yo, en
nombre de esta tierra de los volca-
nes, levanto mi brazo para obse-
quiarle con una llama!

s. MARTINEZ FIGUEROA.

San Salvador.—Noviembre de 1914.

A GUISA DE PRÓLOGO

AL LECTOR

UN fuerte sentimiento de solidaridad continental y de fervida unción por la autonomía patria, nos impulsó en el año de 1913 a publicar una serie de artículos, con ocasión del pretendido proyecto de los Estados Unidos para establecer su *Protectorado* en Centro-América.

Al darlos hoy coleccionados a la publicidad, con varias ampliaciones, no hemos tenido en mira acariciar la más leve vanidad personal, sino que lo hacemos con el fin de poner nuestro pequeño contingente mental en la formación del bloque que debe alzar el patriotismo indolatino para librar a las zonas indefensas contra la invasión rubia de los hombres de Yanquilandia.

Las páginas que van a continua-

ción, y que las escribimos AL MARGEN DEL IMPERIALISMO YANQUI, en un momento supremo y de alta significación histórica, contienen, en esbozo, muchas tesis que, al ser estudiadas ampliamente por el patriotismo bien entendido, darían varios volúmenes, puesto de que se trata de un tema inagotable, inmenso, que tiende a definir y a asegurar el sólido prestigio y la independencia de nuestra Patria.

El problema internacional aquí contenido en síntesis, es siempre de una trágica e imprescindible actualidad, de modo que, al publicar el presente libro, cumplimos con un sagrado deber de franco patriotismo y de máximo desinterés, si se toma en cuenta de que su publicación es la resultante de un esfuerzo puramente personal.

La sana intención, pues, nos absuelve de cualquier barrunto perjudicial que pudiera insinuar contra nosotros la ciega pasión de la maledicencia de campanario.

EL AUTOR.

1915.

CUARTILLAS INTERNACIONALES
EL IMPERIALISMO
DE LOS
DEMÓCRATAS YANQUIS

HA llegado el momento decisivo en que el patriotismo de estos pueblos debe hablar alto, muy alto, para demostrar ante la conciencia de las naciones civilizadas del mundo, la grave situación en que van siendo colocadas las pequeñas nacionalidades ístmicas situadas al norte de Panamá.

Los mensajes cablegráficos publicados en la prensa del país, nos han dado la señal de las tremendas maquinaciones del *Imperialismo* yanqui contra la autonomía de estos pueblos. La proposición hecha por el Secretario de Estado, Mr. Bryan, a la comisión de Relaciones Exteriores del Senado Americano, para establecer el *Protectora-*

do en Nicaragua, es la más descarada manifestación de la piratería que ejercen los pueblos fuertes contra las colectividades endeblés.

*
* *

El dilema está planteado para la existencia independiente de Centro-América. O nos unimos en un abrazo de orden y de trabajo, o desapareceremos ante la voracidad de las insaciabiles avidedces de los cartagineses del Norte. La actual situación política de nuestras minúsculas nacionalidades, es clara y peligrosa al mismo tiempo. Puede resumirse así: de un lado la cobarde criminalidad de los aborígenes que solicitan de rodillas el *Protectorado*, y del otro, la franca complicidad de los imperialistas que ocupan el Capitolio de Washington, y que obedecen ciegamente al

poder incontrarrestable de la plutocracia que vive parapetada tras las enormes montañas de oro de Wall Street.

*
* *

Ha de recordarse el himno vibrante que casi al unísono levantó la prensa hispanoamericana con ocasión del triunfo de los demócratas en las pasadas elecciones, en virtud de las cuales ascendió a la curul de Washington el filósofo Wilson. Casi toda la prensa batió palmas en loor de los demócratas, a quienes los consideraban como los legítimos herederos de la tradición gloriosa de los buenos puritanos que sentaron las bases de la poderosa República nórdica. Casi todos los escritores de nuestras repúblicas epilépticas se hicieron la ilusión de que, con los demócratas, gozarían de respetabilidad y de

consideración las colectividades débiles situadas en las fronteras del Mar Caribe; pero esas buenas intenciones no pasaron de ser simples *congeturas románticas*, que el tiempo, muy corto por cierto, se ha encargado de poner en evidencia en sentido contrario.

La Historia de la Unión Americana, es más elocuente que todas las fanfarrias periodísticas de los escritores soñadores, y si no, veamos. ¿No fueron los demócratas los que gobernaban a los Estados Unidos cuando fueron anexadas a sus dominios las zonas mexicanas de Texas, Nuevo México y la Alta California? ¿No fueron los demócratas los que prepararon esa trampa maquiavélica que se llama *Unión Pan Americana*, para mantener en una constante humillación a los pueblos tributarios e imprevisores de la América Hispánica? La Historia, pues, para no citar más ejemplos, nos está demostrando, con claridad meridiana, que no hay diferencia específica entre el *Imperialismo* de los republicanos y el de los demócratas yanquis.

La cuestión es de tiempo, como ellos dicen, para que su ocupación sea efectiva en la vida política y económica de nuestros pueblos.

Tal vez se dirá que entre *Imperialismo* y *Protectorado* hay una marcada diferenciación jurídica, que el Derecho Internacional determina; pero en el presente caso, dada la idiosincracia política de los *leaders* del Norte, ambas fórmulas se compenetran y unifican. El *Protectorado* es al *Imperialismo*, lo que la *Doctrina de Monroe* es a la vida independiente de las naciones raquílicas de Hispano-América, esto es, un teorema político que se resuelve a voluntad de los caciques que dominan desde la Casa Blanca de Washington.

Por el momento, la opinión patriótica de Centro-América, en vista del sangriento reto lanzado contra ella por el Secretario de Estado, Mr. Bryan, tiene que ponerse en guardia para repeler con cordura y honrada intención, las voracidades del *Imperialismo* americano, y señalar con hierro candente a los hombres infames que trataron de

entregarla maniatada a la rapiña de las águilas septentrionales.

Alguien ha dicho, y con fundada razón filosófica, que el peligro contra nuestra autonomía no reside en los Estados Unidos, sino en nosotros mismos. Esta es una verdad tan grande como los Andes. Mientras no sintamos un culto fervoroso por el orden y el trabajo, en sus más amplias manifestaciones, constituiremos una presa fácil y codiciada para los hombres rubios que nos acechan constantemente en nuestras eternas contiendas civiles, que nos tienen exangües y oscilando entre la vida y la muerte.

Para asegurar nuestra independencia, como corolario indispensable, tenemos que deponer los impulsos atávicos de la convulsión ingénita que nos devora, y rendirle un culto intenso a la Patria de los máximos hombres de la Independencia.

EL PROTECTORADO
DE LOS
ESTADOS UNIDOS
Y LAS
REPÚBLICAS
DE
CENTRO-AMÉRICA

DECÍAMOS en nuestro artículo anterior, que el *Protectorado* y el *Imperialismo*, según los políticos americanos, son términos correlativos que se confunden o compenetran con las fuertes ideas de expansionismo que ellos sustentan en su política de absorción y de preponderancia económica.

Que el pensamiento evoluciona, como todo lo existente, no hay para qué negarlo erróneamente. Pues bien: si para los directores del Gobierno americano, lo mismo dá el *Imperialismo* que el *Protectorado*, cuando ellos lo aplican a los pueblos convulsivos de nuestra América, ¿por qué, pues, nuestros políticos

criollos, inspirándose en iguales o en parecidas tendencias, de acuerdo con la corriente de las ideas actuales, no buscan honradamente la fórmula que resuelva la fatídica ecuación de nuestra vida autónoma?

Al pensar en este problema de vida o de muerte, en cuya resolución debemos poner toda la sangre del espíritu, hemos hecho la patriótica evocación de las magnas palabras del férreo Gambeta, cuando, en ocasión memorable, y en uno como gesto de bronce, exclamó así ante la conciencia de un gran pueblo: «Franceses: anteponed el amor a la Patria a todos los amores, y la salvación de la Patria a todos los intereses». Es así, según entendemos, como el patriotismo bien nacido debe sacrificarse por la salvación de nuestras nacionalidades. Antes que una fórmula política de pequeños grupos colectivos, es ésta una concepción inmanente del espíritu glorioso de la raza.

*
* *

Que el *Protectorado* lo ha pedido el Gobierno de Nicaragua, en nombre de aquel pueblo heroico y esforzado, es un ardid que sólo se le ha podido ocurrir a los mandarines que ahora ocupan el Campo de Marte de aquella infortunada sección de la patria morazánica.

El pueblo de Nicaragua no lo constituyen Adolfo Diaz, los Cuadra y los Chamorro. El pueblo de Nicaragua, en los actuales momentos, lo constituyen los hombres honrados de Centro-América; y, por lo mismo, como lo demostraron nuestros bravos abuelos, en la invasión

filibustera de Walker, el alma legendaria de las grandes proezas por la unidad patria, palpita vivamente en nuestros pueblos.



El cablegrama del *New York Times*, dirigido al Señor Presidente Meléndez, dice textualmente: «A iniciativa de Nicaragua, el Secretario Bryan ha sometido al Senado un tratado por el cual Nicaragua se compromete a no declarar la guerra sin el consentimiento de los Estados Unidos; a no celebrar tratados que puedan anular su independencia o conceder dominio territorial a un Gobierno extranjero; a no contraer deudas superiores a los recursos ordinarios de Nicaragua, dando a los Estados Unidos una base naval y el derecho de construir un canal interoceánico».

El tratado anterior, examinado en todas sus partes, con el criterio más simple y sin el apasionamiento lugareño, adolece de nulidad absoluta, no solamente dentro del rigorismo del Derecho más elemental, sino también ante el sentido menos disciplinado en las prácticas jurídicas. Y, si no, probemos demostrarlo. Dice el referido tratado: «A iniciativa de Nicaragua, el Secretario Bryan ha sometido al Senado un tratado por el cual Nicaragua se compromete a no declarar la guerra sin el consentimiento de los Estados Unidos». Pero, como ya lo dijimos anteriormente, el pueblo de Nicaragua no lo constituyen Adolfo Díaz y su camarilla, de modo, pues, que esa primera proposición es nula en su origen y en sus alcances. ¿Cómo puede ser posible que Adolfo Díaz, que no es Nicaragua, no podrá declarar la guerra sin el consentimiento de los Estados Unidos, puesto que Díaz no es el pueblo nicaragüense y, además, es éste un ente transitorio que no puede formar, ni quiméricamente hablando, la diez millonésima parte

de todas las circunstancias que integran el alma de aquel pueblo hermano? ¿Cómo puede concebirse que un sólo hombre se atreva a declarar la guerra a una nación sin el consentimiento de otra? Esto es un absurdo que no puede explicarse en la normalidad del pensamiento en la esfera del Derecho de las naciones avanzadas.

Continuemos examinando ligeramente el mencionado documento.

El segundo enunciado se expresa en esta forma: «A no celebrar tratados que puedan anular su independencia, o conceder dominio territorial a un Gobierno extranjero». Pero es que Díaz y su Gabinete han aceptado de hecho el tutelaje de los Estados Unidos, y no de otro modo se explica el párrafo citado, porque, de lo contrario, reconoceríamos, lógicamente, que los Estados Unidos son parte integrante de Nicaragua, o viceversa, para que no se les considere como nación extranjera. Además, debemos recordar el pensamiento de un celebrado publicista, que dijo: «La libertad, como la virginidad, sólo una

vez se pierde». De modo, que el presente tratado, que es en síntesis la pretendida castración de un pueblo hermano, no tiende, según la flaca opinión de los que mandan en Nicaragua, a anular por completo la soberanía y la independencia de aquella sección del Istmo. O hablando más claramente. Sólo los Estados Unidos podrán dominar aquel territorio y celebrar tratados para asegurar la independencia de Nicaragua. Es éste un razonamiento que elogiaría el mismo *Don Perogrullo*, y que pasará a la Historia como una curiosidad de Cancillería.

Continuemos. El último párrafo del mencionado tratado dice así: «A no contraer deudas superiores a» «los recursos ordinarios de Nicara-» «gua, dando a los Estados Unidos el» «derecho de intervenir para la con-» «servación del orden y de la indepen-» «dencia del país, y concediendo a los» «Estados Unidos una base naval y» «el derecho de construir un canal in-» «teroceánico.» Pero nosotros nos preguntamos: ¿Es que no hay incompatibilidad moral y jurídica en la intervención de un poder extra-

ño en los asuntos internos de una nación, con referencia a su independencia o soberanía? Nosotros creemos que sí, contra la opinión imperialista de los políticos yanquis y de la camarilla gubernamental nicaragüense. Desde el momento en que una colectividad incipiente pone sus destinos bajo la norma política de una nación poderosa, (que no otra cosa significa el derecho de intervención), la independencia y la autonomía de aquélla, quedan controladas en la esfera de acción de la que ejerce el *Protectorado*.

Este es un apotegma internacional que la realidad de la vida política de las naciones modernas lo está comprobando con hechos que son elocuentemente dolorosos. Los Estados Unidos, como sencillamente se desprende del último anunciado del tratado, pretenden tener una estación naval y construir otra ruta marítima en Nicaragua. Eso es, después de todo, por el momento, la ambición más práctica de los hombres de Yanquilandia.

Para reforzar nuestro pensamien-

to en la actual contienda patriótica, bien pudiéramos narrar aquí muchas ideas que, a no dudarlo, tienen su interés histórico en el presente debate internacional; pero que lo dejamos intencionalmente para hacerlo en artículos sucesivos sobre el mismo tópicó.

*
* *

La pregunta del *Herald* de Nueva York, dirigida al señor Presidente Meléndez, acerca de si este Gobierno aprobaba el proyecto de Nicaragua para entrar con los Estados Unidos en un arreglo similar a la *Enmienda Platt*, nos sugirió el propósito de confrontar este tratado con el proyecto presentado por Adolfo Díaz al Gobierno Nortamericano.

Los puntos esenciales de la *Enmienda Platt*, pueden resumirse así: «Por el artículo primero se limita» «y acondiciona el derecho de Cuba» «para celebrar tratados internacio» «nales. Por el artículo segundo se»

«limita y acondiciona su derecho»
«para contratar empréstitos. Por»
«el artículo tercero reconoce Cuba»
«el derecho para intervenirla los Es-»
«tados Unidos con el fin de preser-»
«var la independencia, sostener un»
«Gobierno adecuado, para proteger»
«la vida, la libertad individual y la»
«propiedad, y con el fin de cumplir»
«las obligaciones impuestas a los»
«Estados Unidos por el tratado de»
«París. Según esta estipulación, los»
«Estados Unidos pueden intervenir»
«en Cuba, en cualquier momento,»
«para realizar cualquiera de esos fi-»
«nes. Por el artículo quinto, Cuba»
«se obliga a mantener en buen esta-»
«do sanitario todas las poblacio-»
«nes. Por el artículo séptimo se»
«obligan los Estados Unidos a man-»
«tener la independencia de Cuba y»
«a *Protéger a su Pueblo.*»

Confrontando ambos tratados, se ve que no existe diferencia entre los dos, pues hasta la estación naval de que se habla en el tratado de Adolfo Diaz, ya se encuentra en Guantánamo (Cuba).

Ese documento de la Cancillería nicaragüense no es más que un *pla-*

gio, si se quiere, de la famosa *Enmienda Platt*, que mantiene atados de pies y manos a los ciudadanos de Cuba, con respecto al Gobierno de Washington. Que la independencia existe en Cuba, Nicaragua, Puerto Rico, Panamá y, en las demás zonas que se encuentran bajo el *Protectorado* de los Estados Unidos, por el simple hecho de que tienen gobiernos indígenas, es un lamentable absurdo que no puede conciliarse con la realidad de los hechos, porque los tales gobiernos no son más que representantes del *Protectorado* de la nación que los sostiene. Recordemos, si no, lo que pasó con el Gobierno del gran patricio cubano don Tomás Estrada Palma; el del doctor José Madriz, en Nicaragua; y, recientemente, con el del General Miguel R. Dávila, en Honduras.

Por más que se forcen las sutilezas sofisticas, no es posible llegar a establecer diferencia alguna en la política que hace del *Protectorado*, del *Imperialismo* y de la *Intervención*, una arma inmensamente poderosa contra la Libertad y la Autonomía de los pueblos indefensos.

La conquista pacífica es un hecho para nuestras nacionalidades, por parte de los Estados Unidos, en virtud, según dicen ellos, de la gran fuerza moral y material que les dá la arcaica y célebre *Doctrina de Monroe*, que interpretan así: *América para los americanos del Norte*.

En artículos sucesivos seguiremos demostrando el peligro que corren nuestras liliputienses repúblicas con los grandes saltos que viene dando hacia nosotros *La frontera en marcha*, de que nos habla el brillante y esforzado escritor argentino, don Manuel Ugarte, en su gran libro *El Porvenir de la América Latina*.

LA FRONTERA
DE LA
MUERTE EN MARCHA
HACIA LA
AMÉRICA LATINA

CON deserezos felinos de un monstruo de las umbrías roqueñas; con nerviosidades elásticas de una tigre del corazón del Continente Negro, viene extendiendo sus murellas de acero la *Frontera de la Muerte en Marcha* hacia los límites geográficos de la América Latina.

*
* *

Que la política expansionista de los Estados Unidos, es un hecho evidente, que no necesita demostración, lo están probando hasta el exceso los directores de la cosa pública que, en aquella Nación, como en las de Europa y Asia, que se han engrandecido por sus prácticas imperialistas, son abiertamente agresivas a la dignidad humana y al concierto de familia de las naciones libres.

Los publicistas que defienden el *Imperialismo* de la República del Norte, se conforman con asegurar que aquel pueblo gigantesco, que ahora está en plena adolescencia,

tiene que buscar indispensablemente el expansionismo de sus jóvenes energías, como una condición lógica e inevitable del desarrollo de su vigoroso organismo; de su exceso de vida y de pujanza magnífica. Y agregan, que llegará un día en que, por la misma ley del crecimiento y del máximo desarrollo, ese pueblo, como Roma, Cartago etc., etc., tendrá que escollarse frente a los negros farallones de la decadencia y de la ruina inevitable a que están condenadas, tanto las entidades colectivas, como las individuales.

Muy bien, decimos nosotros; pero, para que todo eso resultara bueno y digno de imitarse, hasta cierto grado, es necesario de que los desperezos y las arremetidas de los potentes músculos de ese enorme organismos, no trasciendan de la parcela que le corresponde por la herencia gloriosa de los fundadores de su poder en la esfera del Continente Americano, porque, de lo contrario, los *pueblos baldados* de Hispano-América, serían, en el tumulto de las naciones rozadas y empujadas en sus dominios, algo a-

sí como la evocación de un duelo en el cual el débil se incorpora heroicamente, y nos dá el símil legendario de David derribando a Goliat con el acerado guijarro de su honda.

*
* *

La Frontera de la Muerte en Marcha hacia la América Latina, es el problema cardinal de la política yanqui, el eje del mundo, que dijéramos, alrededor del cual se atan todos los impulsos y las tendencias del pensamiento del *Imperialismo* que anima desde antaño a los estadistas y a los sociólogos de la Unión Americana. Recordemos que ya en 1838 el senador Mr. Preston decía, que «la bandera estrellada debía flamear en Veracruz y seguir de allí hasta el cabo de Hornos.» Eso mismo dijo Mr. Taft en un discurso que pronunció en 1906, sien-

do Ministro del ex-Presidente Roosevelt, cuando exclamó «que las fronteras de los Estados Unidos se extienden virtualmente hasta la Tierra del Fuego.» E igual pensamiento, con más cortas proyecciones, en apariencia, lanzó a la circulación del mundo político, el senador Mr. Elihut Root, en uno de los muchos discursos que diz pronunció en la última campaña electoral en los Estados Unidos, cuando dijo, que «Toda la América hasta Panamá, inclusive las islas del Mar Caribe, debe estar bajo nuestra bandera (la de los Estados Unidos.) Necesitamos (ellos) a Cuba, a México y a Centro-América, como un hombre necesita sus dos brazos y una mujer sus dos retes» etc., etc.

Por lo demás, ya sabemos, como lo refiere la Historia, de los despojos de que fue víctima México en 1845 y 1848.

¿Y qué podríamos decir de Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Nicaragua y Panamá?.....La *Frontera de la Muerte*, marcha, dá enormes saltos, y no se detendrá, al pa-

recer, sino hasta que llegue al Cabo de Hornos, que es el límite geográfico que hasta ahora reconoce la ambición del *Imperialismo* anglosajón en nuestra América.

**POR LOS GRANDES DESTINOS
DE LA PATRIA.
LA IMPREVISIÓN
COMO SIGNO DE
DEBILIDAD Y DE COBARDÍA**

LA Filosofía de la Historia es terminante y concluyente en el estudio de los fenómenos sociales que se relacionan con la existencia política de las colectividades.

Que los hechos se repiten o coordinan, en este orden de ideas, no hay para que ponerlo en tela de juicio, sobre todo, cuando las causas que los producen, se condensan en un ciclo determinado para su mejor comprensión. Eso es precisamente lo que no podemos explicarnos con toda la buena fe y las mejores intenciones del patriotismo más delirante, por qué los encargados del Gobierno de estos pueblos, no han podido pensar en los grandes destinos de la Patria, e inspirarse en la realidad de los hechos que, en Política, como en los demás planos

de las concepciones humanas, son efectivos y de un positivismo abrumador.

¿Qué hemos hecho por asegurar nuestra independencia, que casi nada nos costó, y que fué, más que todo, una obra de *chiripa*, como alguien dijo?

¿Qué hemos hecho por orientar los ideales unionistas hacia más amplias lontananzas, para llegar a la realización de ese magno pensamiento, que es la tabla salvadora que nos libraré, en parte, del gran naufragio?

¿En dónde están las leyes positivas que nos lleven al abrazo fraternal por sobre todos los prejuicios y las quisquillas de campanario?

Estamos ya en las fronteras de la primera centuria de la Independencia y, sin embargo, todavía no hemos laborado, como se debe, por la verdadera grandeza de la Patria, porque, como dijo un conocido pensador, «*Centro-América no será digna de su Independencia, mientras no se reconstruya su antigua nacionalidad.*»

*
* *

Si un ideal de sagrado patriotismo nos guiara hacia la conquista del Poder de estos pueblos; si la observación científica de los acontecimientos históricos que se relacionan con nuestra existencia política, hubiera sido la justa y la honrada aspiración de la grande y pequeña burocracia, ya estuviera resuelta, a no dudarlo, la acariciada y temida *ecuación de nuestro equilibrio político*, que ahora pretende resolver un poder extraño, para que deje de gravitar dentro de la esfera de lo ideal, como ha dicho en resumen el Departamento de Estado de los Estados Unidos.

El gesto de amenaza contra nuestra soberanía, por parte de aquella Nación, envuelve, al mismo tiempo, el sarcasmo más sangriento para la imprevisión y la candorosidad de nuestras minorías directoras, que, en este caso, como en otros muchos, es *signo de debilidad y de cobardía*.

Estamos por creer que el prejuicio de las razas en el sentido de la mayor o menor capacidad intelectual y moral, es innegable no solamente en la teoría sino también en la práctica. ¿Y a qué atribuir, sino a esa concepción filosófica, el menosprecio en que se nos tiene por parte de los políticos norteamericanos?

*
* *

Para la mejor claridad de todas las ideas apuntadas, hagamos historia patria de data reciente. Ante todo, debemos hacer aquí la siguiente manifestación para expresar la admiración que sentimos por el pueblo que cimentó Jorge Washington en la vida de la Libertad y del Derecho, porque así, de esa manera, no se nos juzgará de obcecados en no reconocer la grandeza de esa Nación enorme en la concurrencia del mundo; pero, cuando se trata de defender la integridad del solar de nuestros padres, tenemos que abatir la admiración que sentimos por ese

5

pueblo, para ofrendarle nuestras energías, nuestro amor inmenso, a la Patria, que es el más grande y el más profundo de todos los afectos que palpitan en el espíritu humano.

Perfilemos, pues, algunos puntos de la historia patria.

Sin remontarnos al génesis de la *Unión Pan-Americana*, en la administración de Cleveland, para no extendernos mucho, principiemos a narrar algunos sucesos importantes que se refieren a nuestras relaciones internacionales con los Estados Unidos, desde el año de 1906 hasta los actuales momentos.

Se ha barruntado que, con la mediación de los Estados Unidos en las Conferencias que se celebraron a bordo del *Marblehead*, a raíz de la guerra entre El Salvador y Guatemala, en el año arriba indicado, se cometió un error manifiesto y peligroso para nuestra soberanía política, toda vez de que se aceptó la cooperación directa de un poder extraño para dirimir aquellas cuestiones que, por muy graves que hubieran sido, bien pudieron *arreglarse entre familia*, para evitar así que la voracidad

imperialista conociera las flaquezas y las debilidades internas que nos tienen en las fronteras del más criminal de los suicidios.

La verdad, como si fuera un cáustico eficaz, levanta ampollas en las epidermis delicadas, pero hay que decirla honradamente, sinceramente, como si fuera el sonoro versículo de un evangelio divino.

*
* *

El *precedente histórico*, tanto en la vida individual como en la de los pueblos, suele marcar, muchas veces, el principio de una derrota o de una anomalía orgánica que casi siempre se resuelve con la muerte. Y ese es, cabalmente, el fenómeno sintomático que pretendemos reducir al esquema de nuestras conclusiones: *La imprevisión en política es un signo de debilidad y de cobardía.*

*
* *

El semillero de pasiones minúsculas; de rencores enanos y mal contenidos bastardeos, nos llevaron de nuevo a poner en manos de los políticos del Norte los destinos de la Patria, al mismo tiempo que invocábamos el asesoramiento y su consejo en las Conferencias de Paz que se celebraron en Washington en 1907. Y ya sabemos que *la imprevisión en política es un signo de debilidad y de cobardía*. A este propósito, recordamos los vibrantes conceptos de José María Vargas Vila, refiriéndose a las citadas Conferencias, quien dijo: «Hagamos un de-

«sagravio a la Justicia de la Histo-»
«ria, los yanquis no nos han con-»
«quistado; somos nosotros los que»
«nos hemos entregado. La hija de»
«Tarquino, mostrando a los bárba-»
«ros la brecha por donde debían lle-»
«gar al Capitolio, fué menos culpa-»
«ble que esos Delegados, etc., etc.»
¡Ah! ¡Y pensar que el patriotismo
dormía bajo las intensas caricias
de los hábiles políticos del dólar; de
los modernos conquistadores de la
América indiana!.

*
* *

Pocos conductores de las naciones actuales, como los de los Estados Unidos, conocen mejor y más prácticamente los sabios y eficaces recursos de la Psicología Política, con relación a los pueblos latinos de este Continente. Ellos, antes que líricos y románticos ideólogos, son los más esforzados representantes del practicismo contemporáneo en los distintos órdenes de la actividad humana. De ahí se origina la marcada preponderancia que ejercen sobre nosotros.

¿Y qué significan las sucesivas intervenciones armadas de los yanquis, en Nicaragua, a la caída de

Zelaya, y en Honduras cuando fue derrocado el general Dávila?

El *precedente histórico* estaba sentado. Los habíamos llamado anteriormente; los habíamos buscado en su casa para que nos dirigieran en la resolución de nuestros asuntos internos, y de ahí que se consideren con la suficiente fuerza moral y política para mezclarse en nuestras contiendas lugareñas. Si anteriormente han esgrimido el *big stick* de la *Intervención*, so pretexto de respaldar los intereses y las vidas de sus compatriotas, ahora, además de eso, ya principian a invocar la inmensa fuerza que les dá la imprescindible conservación del Canal de Panamá, para no permitir que nosotros vivamos a las greñas por la conquista de la Presidencia.

Y esta fórmula de *Intervención* internacional, ha sido ya consagrada por los publicistas y los políticos yanquis, que justifican el *Imperialismo* de los Estados Unidos, en nombre de la Humanidad, de la Civilización y del Derecho, como ellos dicen.

¡Ah! ¡Y mientras tanto el patriotismo indolatino ha dormitado en presencia del gesto aterrador de la Conquista!

LA CONQUISTA PACÍFICA
POR LOS
ESTADOS UNIDOS.
EL FACTOR ECONÓMICO
COMO VEHÍCULO
DEL IMPERIALISMO

LA conquista pacífica de nuestras pequeñas democracias, por parte de los Estados Unidos, ha sido proclamada por los apóstoles de la integridad de Hispano-América, siendo así que, por una extraña ley de fatalismo atávico, no hemos escuchado el verbo salvador de los grandes iluminados por el *Espíritu Santo de la Raza*. No hemos comprendido que las aguas hilantes en forma de microscópicas filtraciones, cayendo constantemente sobre la corteza del organismo de los pueblos indolentes, acaban por horadar el corazón y las demás entrañas de tales colectividades.

Bien exclamó el poeta de profética visión, cuando dijo: «¿Pesará un sortilegio en la raza latina, que

al suicidio la empuja, al dolor y a la ruina? ¡Abominable sea el bárbaro atavismo, que puso en nuestros ojos la atracción del abismo!»

*
* *

Para levantar la airada marejada de la santa protesta; de la justa indignación por el bárbaro atropello contra la dignidad y la soberanía de Centro-América, hemos esperado que repercutieran en el límite septentrional las fatídicas palabras, como truenos, que sembraron el espanto en la Roma refinada y decadente: *Annibal ad portas*.

Pero es que la *conquista pacífica* de estas medrosas nacionalidades, por los anglosajones, ya no es un hecho que se inicia, sino que la llevamos en la médula y en la sangre; la hemos adquirido insensiblemente como se agarra de nuestro organis-

mo el indomable microbio del paludismo. Podemos demostrarlo. Las guerras actuales, en su mayor parte, y como una consecuencia práctica de la vida moderna, ya no se reducen a la ocupación militar de tal o cual territorio, sino que, por el contrario, se resumen a obtener la conquista de la vida económica de los pueblos menos preparados para la gran concurrencia del industrialismo y del mercado. Es, pues, en ese sentido, que nosotros yacemos dentro de la zona influenciada y explotada por los Estados Unidos. Somos sus tributarios económicos, luego entonces, hemos sido conquistados prácticamente por aquella Nación. De la esclavitud económica a la esclavitud política, existe el mismo espacio que pudiera existir entre la molécula y el átomo que forman un cuerpo perfecto y definido.

*
* *

Los yanquis, mejor que nadie, conocen el espíritu soñador y quijotesco de nuestra raza hispano-indígena, y por eso no han querido dominarnos en las rudas aventuras de las rojas epopeyas bélicas, porque, en verdad, que los manes vengadores de los Tecum-Uman, Atlacatl, Lempira, Nicarao y Urraca, se levantarían de las reconditeces del pasado, para animar las ínclitas proezas de los nuevos paladines en la defensa de los fueros y de la libertad de estos pueblos.

A este propósito, recordemos lo que el celebrado sociólogo francés, Mon-

sieur Tarde, dice, refiriéndose al *Imperialismo*: «Los medios de locomoción, sobre todos los ferrocarriles y los transportes fluviales, son, como los idiomas, procedimientos lentos, pero infalibles, de anexión moral y de conquista. Así auna estrechamente el imperialismo lingüístico con el imperialismo económico etc., etc.»

Pues bien. El procedimiento de los Estados Unidos, a este respecto, es claro y prácticamente aterrador. Lo van realizando con precisión matemática y siguiendo las grandes orientaciones de su política comercial y expansionista.

*
* *

Hablemos más claro. ¿Por qué será que el Gobierno de Washington se interesa oficialmente en imponer a nuestros pueblos los empréstitos que hace el capitalismo yanqui?

¿Por qué será que la plutocracia de la Quinta Avenida de Nueva York se desvive por abastecer de dólares a las arcas nacionales de los pueblos infantiles de nuestra América? ¿Será, que en verdad, se sugestionan con la *filantropía política* del multimillonario Mr. Carnegie? ¿Por ventura, será posible que en la noble entraña, el carazón de los yanquis, se haya desarrollado ese sentimiento multiforme y arcaico, el

altruismo, que ha idealizado divinamente el cristianismo? Nosotros creemos que no. La idea capital que a ellos los sugestiona colectiva e individualmente, es la de la preponderancia política y de la conquista económica. Y, si no, preguntémosle a Cuba, en manos de quienes están sus destinos políticos e industriales; quienes manejan a su antojo los *Trusts* azucareros y tabaqueros, que mantienen a los mulatos que libertó Martí, en la más completa esclavitud y postración económica. Preguntémosle a Puerto Rico, quienes son los que cuidan de sus rentas a título de interventores. Preguntémosle al pueblo honrado de Nicaragua, quienes son los que le han ofrecido tres millones de dólares al último de los Adolfos, por la venta de su Patria. Preguntémosle a Honduras, quienes fueron los que intentaron imponerle un fabuloso empréstito para el arreglo de una deuda que no existe, por medio de la casa de J. Pierpont Morgan y compañía. Preguntémosle a Guatemala, quienes le dieron en préstamo recientemente la

gran millonada de que tanto habló la prensa. Y, por último, preguntémosle a México, quienes son los extranjeros que la amenazan constantemente con el fantasma aterrador de la *Intervención*, por el menoscabo, según ellos dicen, que sufren sus inmensas propiedades a causa de la eterna convulsión azteca.

*
* *

La teoría planteada por Monsieur Tarde, tiene una exacta aplicación en nuestros grupos étnicos. Ya sabemos lo que significa el proyecto yanqui del *Ferrocarril Pan-Americano*, que es, como si dijéramos, la materialización de la *Unión Pan-Americana*, por cuyas vértebras de acero nos llegará el escalofrío definitivo de la Conquista.

EL VERDADERO PATRIOTISMO
— EN —
CENTRO-AMÉRICA.

EL CAUDILLISMO
Y SUS SIMILARES EN POLÍTICA.

EL tema es inagotable, como que se presta para cimentar las murallas dentro de las cuales puede librarse la fisonomía de estos pueblos contra las bárbaras arremetidas de los conquistadores nórdicos. Es éste el problema capital que debería llenar las cerebraciones políticas de los hombres que aspiran, en estas nacionalidades, a *suplantar* a los que representan el principio de autoridad. Solo en este caso sería justificable y digna de encomio la ambición de mando en nuestros pequeños grupos sociales.



Hemos emborronado estas cuartillas para expresar sinceramente nuestro pensamiento en el actual debate internacional, no porque nos creámos con la preparación suficiente para abordarlo, sino para unir nuestra débil voz, nuestro apóstrofe de santa protesta, contra el *Protectorado* con que se nos amenaza por parte de los Estados Unidos. Nuestra honrada intención nos absuelve a este respecto. Otros patriotas de reconocida ilustración y de buena fe, según lo comprendemos, son los llamados a dilucidar más ampliamente y con mejor autoridad, el presente problema

internacional, porque, como ya lo afirmamos en otra ocasión, en las situaciones trágicas de vida o de muerte, como la nuestra, es cuando se conoce el valor moral y material de los hombres y de los pueblos.

*
* *

Hemos escrito todo lo anterior sin pretensiones ni *poses* mentales de una pretendida vanidad barata, porque estamos convencidos de que el verdadero patriotismo no consiste en predicar la destrucción y la ruina, ni en el instinto suicida de azuzar las muchedumbres en las pendientes de la bancarrota como el único medio de adquirir una celebridad de similor y de llegar al Poder en estos pueblos, para explotar la sugestionabilidad y la ingenuidad de las masas tornadizas y analfabetas. No. El sano patriotismo en Centro-América debe resumirse así: La unión de todos los hombres de buena volun-

tad, sin odios ni pasiones minúsculas, por sobre las ridículas fronteras locales, para oponer en bloque, a la Conquista que avanza, una sola bandera, un solo escudo y un solo corazón que viva y palpite por el triunfo de los más sagrados ideales de la Patria y de la Libertad.

*
* *

La gravedad de nuestras revueltas internas, en presencia del enemigo común, es manifiesta y hasta criminal si se quiere. Recordemos que ya constituye una *frase hecha* el pensamiento que sintetizó así el celebrado autor de *El Príncipe: Dividir para Gobernar*. Y esta afirmación político-social es exacta, con exactitud matemática, no solamente entre los individuos y los pueblos, sino también entre las naciones y las diferentes razas. Abramos la Historia y nos convenceremos de su certeza. ¿Cómo se llevó a cabo la conquista del mundo que descubrió Colón, por los esforzados

descendientes del Cid, los hijos de la heroica Nación Ibérica? ¿Cómo se mantuvieron las mesnadas aborígenes en lamás inicua postración, durante la funesta noche de tres siglos de coloniaje? Fue, sencillamente, porque, además del heroísmo casi fanático de los conquistadores peninsulares, que amaban locamente la gloria y el oro de estas bizarras tierras del Sol, supieron, al mismo tiempo, alimentar y explotar hábilmente las rencillas y los odios legendarios que cultivaban con furor diabólico las familias y las tribus que se encontraban diseminadas en toda la extensión del mundo colombino. Ya sabemos como triunfó Cortés, en Nueva España, o México, apesar de su inferioridad numérica; ya sabemos como sometió Alvarado a las muchedumbres autóctonas de Guatemala y El Salvador; y como también se llevó a cabo la conquista en el resto del Continente Indo-Americano.

*
* *

Los españoles que escalaron la abrupta majestad de los Andes, ya sabían que la gran fórmula de *Dividir para Gobernar, para vencer*, les daba, en muchos casos, un poder más inmenso, más efectivo, para someter a la indiada, que las balas que vomitaban sus fieros arcabuces.

Los ejemplos, en este orden de ideas, son eternos e incuestionables, y nos están demostrando que la Filosofía de la Historia, es más elocuente que todas las declamaciones del *patrioterismo* anacrónico y que el instinto de la ciega fatalidad que nos empuja hacia la muerte. Y, si no, veámos. ¿Que otra cosa signi-

fica para nuestra autonomía el convulsionismo ingénito, la epilepsia de las constantes revueltas internas que nos tienen desangrados y vacilantes en presencia del enemigo común? ¿Será cierto, efectivamente, que nuestros pueblos son ingobernables y, por lo mismo, inadaptables a las modernas concepciones de la Civilización y del Derecho? Nosotros nos hacemos interiormente esta clara y magnífica reflexión: Si las minorías representativas que en Centro-América se disputan la preponderancia en el Gobierno, fueran menos concupiscentes y claudicantes en sus ambiciones de mando, nuestras masas rurales, el proletariado de estas democracias incipientes, no sería la carne inmisericorde explotada por todas las injusticias, por todas las demasías del caudillismo y de los viejos atavismos que aún nos recuerdan las barbaries de los orígenes ancestrales.

*
* *

Hay que convencerse de que la política de estos pueblos tiene que evolucionar en fuerza de los contactos con el mundo civilizado. *Los industriales de las revueltas y los políticos de antaño*, tienen que convenir con nosotros, en que el peligro o el mal contra nuestra soberanía, no se encuentra fuera de nosotros, sino que lo llevamos en la carne y en los huesos como un estigma de herencia maldita, como una anomalía fisiológica que la hemos adquirido inconscientemente en fuerza del constante ejercicio de todos los prejuicios que enarbolamos en el asta de un falso patriotismo.

Mientras nuestros pueblos estén animados por el *espíritu ovejuno* de que nos hablaba el loco de Germania, el gran Federico Nietzsche; mientras nuestras masas populares no sientan en el cerebro el saneamiento de los malsanos prejuicios que las tienen atadas a las rocas prometeicas de la impotencia; mientras la cultura cívica de los más puros quilates no penetre en la conciencia de las colectividades, la Regeneración, la Libertad, el Derecho, el Patriotismo etc., etc., no sean más que palabras, palabras, como dijo el poeta. En presencia del enemigo común, que vive acechándonos para someternos a su dominación, a nosotros se nos figura que el papel que estos pueblos desempeñan en la tragi-comedia de las naciones desequilibradas de este Continente, es igual al espectáculo que nos dan los colegiales belicosos que, por «un quítame allá esas pajas», o cosa parecida, se llegan a los puños con furiosa locura; pero que, frente al dómine implacable, deponen todas sus heroicidades y concluyen por hacer un

pacto de la más ingenua sinceridad infantil. Eso es, precisamente, lo que hacen los Estados Unidos con las naciones débiles e imprevisoras de Hispano-América, con la circunstancia, por demás agravante, de que no solamente intervienen para ponernos en orden, para cuidar por los fueros de la civilización, como ellos dicen, sino también que, antes de intervenir en nuestras contiendas armadas, ellos mismos se encargan de poner en nuestras manos fratrificadas los instrumentos de exterminio y el dinero maldito para alimentar las convulsiones que nos diezman y que nos exhiben como ingobernables ante el mundo civilizado.

*
* *

Los hechos históricos recientes así lo comprueban terminantemente.

¿Quiénes, sino los Estados Unidos, alimentaron la revuelta de los malos hijos de Colombia para usurparle a ésta la zona del Canal de Panamá? ¿Quiénes, sino los Estados Unidos, cooperaron abiertamente para la caída del general Zelaya, en Nicaragua, so pretexto del fusilamiento de los aventureros yanquis Canon y Groce? ¿Quiénes, sino los Estados Unidos, establecieron sus célebres *zonas neutrales* en la Costa Norte de Honduras, para derribar del Gobierno al general Dávila. ¿Quiénes, sino los Estados Unidos se pusieron de parte

de los llamados liberales de Cuba, para derrocar de la Presidencia de aquella isla, al gran patriota don Tomás Estrada Palma, en 1906? ¿Quiénes, sino los Estados Unidos, como se ha demostrado últimamente, le ayudaron a don Francisco I. Madero, por medio de Charles Taft, hermano del entonces Presidente de aquella Nación, para emprender su trágica cruzada contra el imperio disfrazado en república que levantó en México el general Porfirio Díaz? ¿Quiénes, en fin, sino los Estados Unidos, pusieron su contingente efectivo para la rebelión del general Gómez contra Cipriano Castro, en Venezuela, hasta el grado de que el *Tigre de los Andes*, como le llaman a Cipriano Castro en su patria, ya se le considera como una de las víctimas del *gran celo y protección de policeman continental*, que se ha impuesto la gran nación del Norte, con respecto a las repúblicas más azotadas e imprevisoras de Hispano-América? Porque también ha de saberse que los Estados Unidos tienen dos procedimientos bien conocidos para inmis-

cuirse en nuestros asuntos internos, y son: la *Diplomacia del dólar*, que ahora llaman la *Diplomacia de Tren Expreso*, y la *Intervención manu militari*, que aplican, respectivamente, a los pueblos más fuertes y a los menos preparados para la resistencia invasora en Latinoamérica.

Esto es claro, y si no, veámoslo. Si México, que cuenta con quince millones de gentes avezadas a los grandes sacrificios de la guerra, y que en caso de una intervención extraña, se unirían en un solo bloque para repeler la bárbara agresión; si México, decimos, fuera Cuba, Nicaragua, o cualquiera otra de las zonas diezmadas de Centro-América, o del Mar de las Antillas, los Estados Unidos ya hubieran intervenido militarmente, en nombre de la Civilización y del Derecho, como ellos dicen, y los representantes de la actual anarquía mexicana, Huerta, Carranza, Díaz, Blanquet, Zapata y Orozco, ya estuvieran, sino en la *Zona neutral* del Canal de Panamá, por lo menos dentro de la camisa de fuer-

za de uno de los centros correccionales de México, gracias a la intervención civilizadora y para garantizar la independencia de la Patria del gran indio Benito Juárez, como dirían en Nicaragua los políticos del Campo de Marte.

*
* *

Lo repetimos. Mientras nuestros pueblos no lleguen a sustraerse de la influencia mortal y degran-
te del *caudillismo* rapaz y de los *simuladores de nuestra política menuda*, el peligro contra nuestra independencia, contra nuestra integridad moral y física, constituirá, para nuestro organismo raquítrico y vacilante, la tara patológica que nos llevará consecencialmente a la desaparición del concierto de familia de las naciones libres, grandes y prósperas del Continente Hispano-Indígena.

CONCLUSION

COMO lo dijimos anteriormente, hemos emborronado las presentes cuartillas, para expresar nuestro pensamiento sinceramente indiano, en pro de la defensa del Continente Latino, pero sin que para ello nos haya guiado el más leve prurito de una vanidad barata, o la ambición de una flaca celebridad local, porque en verdad que la más franca y honrada de las intenciones nos ha impulsado a sacar de nuestros pobres recursos mentales, las ideas que abrigamos patrióticamente a este respecto.

Hemos escrito volanderamente, al desgaire de una intensa preocupación incontentida, llevados únicamente del espíritu de conservación, de la verdadera justicia que recla-

man nuestros pueblos para figurar dignamente en la concurrencia del mundo internacional.

Tal vez, en ocasión propicia, haremos galopar el corcel del pensamiento por los amplios territorios de las tesis que dejamos enunciadas en los capítulos anteriores, para poder así exteriorizar honradamente las primicias mentales que le ofrendaremos a la *Patria Grande* como el mejor tributo que pudiera hacerle fervorosamente, patrióticamente, uno de los soñadores indígenas escapado de la dehesa de los prejuicios ancestrales de la raza agonizante del Continente Hispano-Parlante!

1913

MANUEL UGARTE
UN GRAN APÓSTOL DE LA INTEGRIDAD
LATINOAMERICANA

UNA fuerte concreción de las fuerzas recónditas de la raza latina de América; una brillante cristalización del más alto pensamiento del alma continental; una máxima promesa de las victorias futuras de la estirpe indiana, eso representa, en síntesis, la personalidad política y literaria del eximio pensador argentino Manuel Ugarte.

En el apostolado de las nuevas orientaciones del pensamiento indolatino, es Ugarte, a la manera de un lírico Bolívar, el verbo y la acción que empujan el destino de veinte nacionalidades hacia la cumbre

de la Libertad y de la Civilización, a través del enmarañamiento de los prejuicios ancestrales de la raza.

Pocos escritores más aptos que él para las idealizaciones de las sonoras antífonas del Evangelio Latino, puesto que, a su numen de poeta sensitivo, se aduna su médula pampeana de pensador dilecto y de luchador hercúleo.

*
* *

Los que llevamos en nuestras venas el torrente virginal de la sangre indígena, de la púrpura vital con que se ha escrito la epopeya de varios siglos de vida criolla, vemos en Ugarte, no solamente al victorioso *Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de las Letras*, sino también al apóstol irreductible de la religión más noble en la existencia y desarrollo de las nacientes democracias de Hispano-América.

No ha sido suficiente de que la Argentina alimentara los cerebros ciclópeos de San Martín, Belgrano, Sarmiento y de otros ilustres varones, para que también animara a

este egregio paladín, pues todos ellos forman el resumen de las sólidas conquistas espirituales a que puede llegar un pueblo joven en las metas del Patriotismo y de la Ciencia.

Los pueblos, como los individuos, se transmutan y se completan en su vida intelectual y física.

Por eso creemos, que los empujes latinoamericanistas de Manuel Ugarte y de Roque Sáenz Peña, se fecundizan, o mejor dicho, se amalgaman en un todo armónico y resistente, y constituyen, si así dijéramos, la armadura toledana que librerá la fisonomía de la raza contra las constantes agresiones de los nuevos conquistadores.

*
* *

Es el libro de Ugarte, «El Porvenir de la América Latina», un brioso desenvolvimiento de la hermosa doctrina continental «América para la Humanidad», que formuló Sáenz Peña en un momento solemne y de alta significación histórica, en contraposición al *Monroísmo* apollado y vetusto.

Nuestra aseveración, pues, es legítima en tal sentido. Para tales precedentes tales consecuentes. La fecundidad de la intensa labor propagandista de Ugarte, arranca de un terreno ubérrimo abonado con sus cenizas cerebrales de más de diez años de constante batallar; y, es por eso, que su palabra evangélica

ca de ritmos vibrantes y divinamente patrióticos, ha despertado en el corazón de la América Indiana los fuertes entusiasmos que antaño llevaron a la gloria y al martirologio a los héroes de las leyendas epopéyicas.

Él lo ha dicho en su prosa bizarra de vibraciones épicas: «Hay que tener la inquietud constante de la obra que gravita sobre nuestros hombros. Basta de revoluciones, de dictaduras y de piraterías sociales. La América Latina tiene que ser más que un campo abierto a todas las demencias de la ambición y del instinto. Si continúan los errores, las generaciones futuras solo recogerán los escombros que habrá preparado nuestra obstinación fatal. Hay que reaccionar las cóleras y las languideces tropicales.»

La experiencia y la sabiduría de su palabra sincera, nos ha inyectado la fe en este naufragio de los grandes ideales y de las nobles aspiraciones de una posible regeneración política y social.

*
* *

Manuel Ugarte, como aquel ilustre peruano Mariano José Madueño, ha conseguido despertar la conciencia colectiva del marasmo criminal en que yacía; y, lo mismo que el profundo sociólogo argentino, Carlos Octavio Bunge, en su celebrado libro «Nuestra América», ha gritado a los oídos de la raza las grandes palabras y los hechos salvadores que informan la integridad moral y geográfica de nuestro grupo étnico.

*
* *

Si nos entusiasma espiritualmente la hermosa labor literaria del exquisito narrador de los «Cuentos de la Pampa,» del sesudo analizador de «El Arte y la Democracia,» de «La Joven Literatura Hispanoamericana,» y del virtuoso cantor de los versos alados de las «Vendimias Juveniles,» ese mismo entusiasmo, llevado a la quintaesencia, se transforma en un delirio de óptimo idealismo, cuando seguimos las huellas de las sandalias del peregrino argentino que, con su mochila de ensueños, al hombro, va predicando a todos los rumbos del mundo el Evangelio Salvador de las veinte naciones hermanas del Continente Latinoamericano.

*
* *

¡Hay mucho de divino en el quijsotismo de los espíritus iluminados por el Dios de la Justicia, y que hacen raudales de luz en la conciencia de los pueblos! No en vano decía el ilustre Don Juan Montalvo, que «el hombre que no tiene algo de Don Quijote, no merece el aprecio y la consideración de sus conciudadanos.»

Por eso, el gran pensamiento del Libertador de Sur-América, Simón Bolívar, acerca de la soñada Confederación de la América Latina, perdura intensamente en el alma de nuestros pueblos, y se realizará, en no lejano día, en virtud de una evo-

lución progresiva en el destino político de nuestras democracias.

Descubrámonos, pues, ante la egregia personalidad de este esclarecido Embajador de la Libertad de nuestra América.

1912

REFLEXIONES

AL DOCTOR FRANCISCO BERTRAND,
PRESIDENTE DE HONDURAS.

PARA LA JUVENTUD
PENSADORA
DE CENTRO-AMÉRICA.

*
* *

Libertad es el derecho que tiene todo hombre a ser honrado y a pensar y hablar sin hipocresía. Un hombre que oculta lo que piensa, o que se atreve a decir lo que no piensa, no es un hombre honrado.

JOSÉ MARTÍ.

VIDA NUEVA

FRAGMENTOS

* Si geográficamente somos pequeños, los grandes ideales de la humanidad hallan siempre amplio campo en nuestros corazones.

* Cualquier sacrificio estoy dispuesto a hacer para el cumplimiento honrado de las obligaciones que hoy contraigo con el pueblo.

* Concluida ya la guerra civil, que de nuestros labios se alce este solo grito: ¡Viva la República!

FRANCISCO BERTRAND.

SEA nuestro verbo de piedad reivindicadora, de unción patriótica en esta hora de postración dolorosa de la patria hondureña, la condensación de los justos anhelos de regeneración y de concordia que animan las nobles aspiraciones de la juventud pensadora de Centro-América.

Dijérase que la maldición de Dios hubiera obscurecido el glorioso destino de aquella infortunada sección de la Patria de antaño, de la Bella Durmiente que amaron locamente los héroes clásicos del Istmo; y que sus hijos, poseídos de un furor demoníaco, hubieran jurado ante la efigie de la Discordia, como güelfos y gibelinos, llegar hasta la muerte y al completo aniquilamiento de la Nación.

Un soplo de locura ha pasado por el cerebro de una gran parte de la familia hondureña, agitando la fronda dantesca de los odios mortales y de las pasiones sombrías, tal como en la vieja evocación de los castigos pandóricos.

La vida de Centro-América se extingue entre la criminal indiferencia de sus hijos, en una como asfixia de los vapores candentes que se desparan del incendio que atizan tirios y troyanos, centroamericanos y extranjeros.

¿Hasta cuando ¡oh, Musa de la Patria!, inspirareis la gloria a vuestros hijos con tu belleza inmortal?

¿Hasta cuando llegará a nuestra alma la jocunda primavera de la divina Paz?

¿Será posible que ya habremos llegado a la mortal renunciación política y social, que nos retenga en la más absoluta pasividad para no luchar por la salud de la Patria?

Si la gangrena ha invadido el organismo político de Centro América, la ciencia aconseja, en tales casos, un tratamiento rápido y enérgico, que dé por resultado, sino la

total reparación de su materialidad, si, mil veces si, la salvación del alma de la Patria, de esa alma tan ingenua y candorosa, tan frágil y doliente a fuerza de los crueles martirios de la crucifixión que ha sufrido por nuestros yerros y barbaries.

¡Si, el alma de Centro-América agoniza! ¡Salvemos el alma de la Patria!

*
* *

Como una consecuencia del Convenio de Paz celebrado en Puerto Cortés, a bordo del *Tacoma*, entre los elementos divergentes hondureños, dirigidos por Mr. Dawson, Representante de los Estados Unidos, ha llegado a la Primera Magistratura de aquel Estado, el doctor Francisco Bertrand, ciudadano pacífico, ilustrado, y que reúne la preciosa cualidad de ser eminentemente civil.

Mucho debe esperar Honduras de la cordura y buen tino del doctor Bertrand, para resolver, dignamente, los difíciles problemas que ahora se presentan en su vida política y económica, pues, de lo contrario,

aquella amada sección de la Patria, como Nicaragua, perderá irremediablemente el sagrado prestigio de su autonomía.

Los párrafos insertos al principio de este escrito, ponen de relieve las patrióticas aspiraciones del doctor Bertrand, de las cuales hizo solemne manifestación al pueblo hondureño en el acto inaugural de su gobierno.

Yo, el último de los hondureños, que milito en las filas avanzadas de la juventud que ama la Patria porque ansía la libertad, y que no he contribuido al despedazamiento de la Patria, en el trágico suicidio de sus hijos, he despertado de mi alma—como una bandada de cuervos que picotearan vorazmente el corazón de un nuevo Promoteo—las siguientes dolorosas reflexiones.

aquella amada sección de la Patria, como Nicaragua, perderá irremediablemente el sagrado prestigio de su autonomía.

Los párrafos insertos al principio de este escrito, ponen de relieve las patrióticas aspiraciones del doctor Bertrand, de las cuales hizo solemne manifestación al pueblo hondureño en el acto inaugural de su gobierno.

Yo, el último de los hondureños, que milito en las filas avanzadas de la juventud que ama la Patria porque ansía la libertad, y que no he contribuido al despedazamiento de la Patria, en el trágico suicidio de sus hijos, he despertado de mi alma—como una bandada de cuervos que picotearan vorazmente el corazón de un nuevo Promoteo—las siguientes dolorosas reflexiones.

*
* *

El pueblo hondureño, en Centro-América, es el que mejor preparado está para las luchas por la Libertad, decía el malogrado hermano de mi alma Marciano Castillo.

¿Y qué hemos hecho por la conquista de la verdadera Libertad? Nada. Absolutamente nada.

Aun no hemos salido del período de las lucubraciones románticas de la política de cortijo.

El caciquismo ha explotado la sinceridad del pueblo hondureño, llevándolo a la derrota de todos los ideales y a la mortal postración de un organismo enfermo.

La espada de los sargentones endiosados ha sido la suprema razón

que, casi siempre, con muy raras excepciones, ha definido las aflictivas situaciones porque ha pasado aquella sección del Istmo.

La política personalista, de un fanatismo diabólico, ha llevado a Honduras al borde del abismo de su ruina.

Las masas populares siguen al ídolo por un marcado instinto de *rebaño*, sin comprender las veleidades de los llamados *políticos de oficio*, a quienes proclaman como *liberales o conservadores*, según las exigencias del momento.

No creo en la existencia de los partidos políticos en Centro-América.

Al revés del pensamiento porfiriano, comprendo que la causa más poderosa de la crítica situación de Honduras, estriba en que se ha hecho más *enredo de política*, que obra regeneradora de Administración Pública.

*
* *

No hemos tenido la honradez patriótica de luchar noblemente porque desaparezca el epíteto de *salvajes* con que se nos designa en el extranjero, y aun en algunas partes de Centro-América.

*
* *

La fiebre de las rebeldías ingénitas se trasmite de generación a generación, como el bacilo de una anormalidad patológica peor que el de la tuberculosis, el cáncer o el de la avariosis, al grado de que, como dijo acertadamente un pensador argentino, *en Honduras se anochece Presidente y se amanece revolucionario.*



En aquella desgraciada región de la Gran Patria, en donde todos los elementos naturales conspiran a su prosperidad y bienandanza, solo florecen los cactus y las mandrágoras de los odios intensos que producen la muerte, siendo así que, por su posición geográfica y el prestigio histórico de sus héroes legendarios, está llamada a hacer el eje de la política centroamericana, al decir del insigne escritor César Zumeta, el celebrado autor de *El Continente Enfermo*.

Nos hemos adormecido con el lírico escaqueo del poeta Palma, que dijo: «¡Honduras, patria del oro y del talento cuna!», y así, inopinadamente, con un orgullo insólito, exclamamos constantemente a todos los vientos del mundo.

En la realidad, nuestra soñada grandeza es hipotética.

*
* *

En el desbarajuste administrativo se ha llegado hasta el reconocimiento de reclamaciones injustas, entre otras, la llamada Deuda Inglesa, que no ha sido más que la especulación asombrosa del escamoteo refinado de unos cuantos *corredores* de Bolsa, que hicieron de Honduras el Panamá de sus riquezas, durante los años de 1867 a 1870.

¿Qué dirían de sus habilidades financieras los señores Carlos Gutiérrez y Víctor Herran, si estuviesen vivos?.....

¿Por qué no se continuaron las negociaciones para el arreglo de esa farsa de deuda, después de que en mala hora las suspendió en 1904 el

distinguido diplomático doctor Angel Ugarte?

¿Por qué nuestros gobiernos han visto con punible indiferencia esa grave cuestión que lleva imbívita actualmente la vida autonómica de la Nación?

El gobierno inglés declaró la irresponsabilidad de Honduras en ese chanchullo de sutilidades bursátiles.

Nuestros llamados *políticos* cargarán eternamente con el sambenito de la responsabilidad ante la Historia, por su crasa ignorancia al no resolver, favorablemente, en su tiempo, la ruidosa cuestión de la Deuda.

El doctor Tomás Cerón Camargo, en su luminosa protesta al pueblo hondureño, dijo así con su épica sinceridad de latinoamericanista insigne: *Si no tenéis un financista que arregle vuestros asuntos, en la América Latina hay muchos meritisimos, quienes os prestarán con mucho gusto sus servicios.*

Para vuestro bien y para bien de la América y raza latina, os aconse-

*jamos que no traspaséis vuestra
deuda externa, ni al gobierno ni a
ciudadanos de los Estados Unidos
del Norte.*

*
* *

En el caso remoto de que, por circunstancias adversas, no se llegara a un arreglo diplomático con los tenedores de bonos ingleses, bien puede acudir, como medida de última instancia, a los auxilios del Derecho y de la Justicia de un Tribunal de Arbitramento que decida del embrollo de esa Deuda, de conformidad con una de las importantes resoluciones del Congreso de La Haya.

Las gestiones relacionadas, traerían, a no dudarlo, la rehabilitación de nuestros intereses políticos y financieros.

Con el traspaso de la Deuda, Honduras perderá su independencia y el

don inapreciable de su soberanía, pues, según lo dijo el doctor Ricardo Jiménez, ex-Presidente de Costa Rica, en el Congreso de aquella República hermana, al tratarse de una cuestión parecida, *el colector que nos venga se convertirá pronto en Gobernador General, como ya lo prevee cierta revista americana.*

Bien sabemos que detrás del dólar americano marcha el hombre rubio de las rudas conquistas que, como un centinela avanzando, va señalando en los mares las rutas por donde luego pasarán los enormes acorazados de *Uncle Sam.*

*
* *

Políticamente la existencia de Honduras es un mito en la realidad de las verdaderas democracias de Hispano-América.

Ya lo dijo Vargas Vila, con su verbo de majestad apocalíptica: *La última Conferencia Centroamericana de Washington (1907), les entregó a Honduras. Si, cuando los Delegados de Honduras aceptaron la neutralización de la República, renunciaron a su independencia.*

La neutralización de Honduras, no es sino la panamización de Honduras.

El partido dominante, ha conquistado el poder, pero ha entregado la patria.

Honduras, no es ya un país; es un feudo; es Puerto Rico en tierra firme.

Los Delegados hondureños, al declarar ante el mundo, que su país es incapaz de defender su soberanía, y, pedir la neutralización, como garantía de la paz, han colocado virtualmente su país, bajo el patrocinio de las águilas washingtonianas.

Ellos han pedido y declarado el protectorado moral de los yanquis en Honduras; el protectorado material no se hará esperar largo tiempo.....

Y una vez panamizado Honduras, ¿qué será de la suerte de Centro América?

¡Horroriza el pensarlo!.....

La panamización de Honduras es el caballo de Troya en Centro-América.

¿Y, es, con estos partidos, y con estos hombres, que vamos a contener la invasión audaz y voraz de los bárbaros del norte?

Somos inferiores a Marruecos; mil veces inferiores.

Los diplomáticos de Marruecos, no habrían firmado nunca la neutralización de su país..... como los de Honduras; jamás, jamás.....

Marruccos nos es moralmente superior.

Y las férreas palabras de Vargas Vila, de una profética verdad aterradoras, se han cumplido con una precisión matemática. El protectorado moral de los Estados Unidos, en los asuntos internos de Honduras, se acaba de comprobar en el Convenio de Puerto Cortés. El protectorado material nos vendrá irremediablemente con el traspaso de la Deuda al multimillonario yanqui J. Pierpont Morgan, tal como se pretende hacerlo.

Y mientras tanto, nosotros continuamos emborrachándonos con la sangre del hermano, repitiendo impunemente, a través del tiempo y de la Historia, el crimen estupendo del bárbaro Caín.

*
* *

!Ay de los pueblos que han perdido el uso de la palabra! Así exclamo con el eximio pensador Santiago Pérez Triana, al meditar que en Honduras el pensamiento vive aherrado en la estrechez de la bóveda crancana, y los grandes problemas nacionales no se discuten ante la conciencia del pueblo, porque la prensa libre no existe.

Eso es lo que ha pasado con las festinaciones del traspaso de la Deuda, que, en vez de discutirse públicamente, a la clara luz del día, para el conocimiento de todos, se ha pretendido resolverlo en conciliábulos nocturnos de camarilla gubernamental.

En el exterior se conocen más los detalles vergonzosos de ese asunto

tan sonado en el mundo financiero, que aquí entre nosotros.

Hagamos prensa nacional, libre de prejuicios partidaristas, para que siquiera nos reste el sagrado derecho de lanzar nuestros apóstrofes de indignación y de justicia, contra las humillaciones que infieren las naciones fuertes a los pueblos débiles.

Hagamos literatura de liberación patria. Séamos poetas combatientes de inspiración tirteica, antes que pálidos cantores de histerismos voluptuosos.

¡La Justicia de la Patria demanda el desagravio de sus hijos!

*
* *

Nuestra inercia en la actividad del progreso mundial se ha hecho proverbial, no solamente en Centro-América, sino también en el extranjero.

En un país en donde la mano de Dios ha derramado a porfía los inmensos tesoros de los tres reinos de la Naturaleza; en donde todo se mueve para hacer la felicidad del hombre, según el decir pintoresco de Squier; en una tierra a donde el espíritu de la civilización puede llegar en el lomo tempestuoso de los grandes océanos que bañan sus costas, ávidas del ajetreo de las muchedumbres industriales que aman la paz sobre todas las cosas; en una tierra, en fin, que cuenta con todos los elementos naturales para hacer

el bienestar de sus hijos y de una gran porción del género humano, lo que le falta imperiosamente, es lo que tienen otros pueblos menos favorecidos que el nuestro por la Naturaleza, esto es, *hombres de patriotismo heróico que hagan del sentimiento de la Patria una religión de afecto inmortal.*

*
* *

Que el territorio de Honduras sea para la humanidad, como pensaba Roque Sáenz Peña, de su patria, la Argentina; pero antes, es preciso que resolvamos nuestras cuestiones íntimas, inspirados en la equidad más legítima de una colectividad consciente de su destino histórico.

Provoquemos la inmigración honrada de las viejas naciones europeas, principalmente de las de origen latino, una vez de que hayamos resuelto el problema de la división territorial en *lotes de familia*, entre los hondureños, como pensaba el doctor Marco Aurelio Soto, por aquella razón elemental, de que la justicia debe principiar por nuestra casa.

Con una inmigración sana en todo sentido, se lograría equilibrar en Honduras, como en otros países de la América Latina, el caudal de las grandes fuerzas étnicas, lo mismo que la concurrencia del capital industrial, agrícola y comercial, que, como consecuencia de la progresión de una ley político-sociológica, engendraría, lógicamente, la prosperidad de aquel Estado, en virtud del glorioso reinado de la Paz.

*
* *

En la nueva orientación que han dado los países civilizados a sus relaciones externas, como una positiva expansión de sus intereses políticos y comerciales, se encuentra la institución del Cuerpo Consular y Diplomático, que representa una de las modalidades más efectivas en la vida nacional de los pueblos que se preocupan por salir de las barreras del aislamiento que, en el concepto de las naciones modernas, es utópico e impracticable.

El acercamiento de las distintas colectividades humanas, por medio del intercambio de las ideas y de los diferentes productos de la actividad creadora, se resuelve, necesi-

riamente, en un sentimiento de confianza y de prosperidad, en esa unión de los intereses espirituales y materiales que, según el pensamiento de Víctor Hugo, ha de preparar el advenimiento de la soñada fraternidad universal.

A la *Diplomacia Bélica*, con funciones consulares, de las naciones imperialistas, debe oponer Honduras, y con ella toda Centro-América, la energía reivindicadora del esfuerzo honrado de sus hijos.

Trabajemos porque se nos conozca tal como somos, con nuestras virtudes y defectos, para que así se nos juzgue en el extranjero con un criterio imparcial y justiciero.

Nos falta el sentimiento de la emulación nacional. Aun reposan en los pliegues del alma colectiva—la esencia del Estado—en una como virginidad intocada, las vitales cuestiones que representan la potencialidad de las razas y de los pueblos avanzados.

Hagamos siquiera efectiva en el extranjero la unión consular y diplomática de Centro-América, con elementos propios que concurren

intensamente a la renovación del buen nombre de la Patria.

Honduras necesita organizar en el exterior su Cuerpo Consular y Diplomático, con sus propios hijos, para que la den a conocer con los inmensos tesoros de su tierra ubérrimo, despartando así el entusiasmo del capital emprendedor y libre de ambiciones de predominio político, al par que señalando a las corrientes migratorias esa región bienaventurada del globo, que solo espera el esfuerzo bienhechor del trabajo humano, para transformarse en un emporio del comercio, de las industrias, de las ciencias y de las artes.

*
* *

Por nuestra falta de organización política se nos tiene en un lamentable predicado en todas partes. A eso se debe que los especuladores aventureros han sacado buen partido, casi siempre, de la candoridad o ignorancia de los directores de la cosa pública en Honduras.

A cualquier desconocido, con tal de que estropee macarrónicamente el inglés, o cualquier otro idioma, que no sea el castellano, se le abruma con todo linaje de prodigalidades, concesiones y prebendas, con menoscabo, generalmente, del honor e intereses de la colectividad nacional.

Las concesiones que han hecho algunos gobiernos hondureños a los extranjeros, por la misma informalidad de nuestro sistema político-administrativo, han llevado aparejadas, con muy raras excepciones, todo un séquito de reclamaciones infundadas y de injusticias enormes.

Así se explica el origen de nuestra célebre Deuda Inglesa, que principió por una concesión a capitalistas ingleses y franceses, para los trabajos de nuestro soñado Ferrocarril Interoceánico, mediante el préstamo de *doscientos mil pesos*, poco más o menos, los que actualmente, por obra de birlibirloque, se han convertido en *cien millones de pesos*.

El traspaso de las concesiones hondureñas, por la inexperiencia jurídica y política en que se conciben, se ha constituido también en un lugar común que sintetiza nuestra imprevisión en el manejo de los asuntos públicos.

En corroboración de nuestro aserto, y para no ir muy lejos, basta recordar el traspaso de las concesiones que se les otorgaron a los

ciudadanos norteamericanos James P. Henderson, para la construcción de un ramal de Ferrocarril de Trujillo a Olancho; y al señor Albert G. Greeley, para la apertura de un Ferrocarril del puerto de Omoa a Chamalecón.

Esas concesiones entrañan un peligro nacional, por cuanto, casi siempre, se traspasan a compañías poderosas que gozan de los privilegios estipulados en el respectivo contrato, sin que cumplan, para ello, por lo general, con las obligaciones que se desprenden de la fuerza jurídica de un verdadero pacto bilateral.

Nos falta la previsión necesaria para el manejo de los intereses de la comunidad nacional.

*
* *

En un país en donde todo se espera de las prodigalidades del cacique, que lleva sus mesnadas a la conquista del Capitolio, para la distribución del botín presupuestivo, solo para eso, pues el ideal de regeneración patria es quimérico para ellos, no es extraño que las riquezas agrícolas, mineralógicas, industriales y artísticas, permanezcan en la infecundidad y en la inercia ante la pasividad de los hombres rehacios para las altas empresas del trabajo vigorizante y salvador.

Por nuestras constantes revueltas hemos caído en el abismo insondable de la sangrienta anarquía; y, como un resultado inmediato del cortejo de todas sus cala

11

midades públicas, ha subido en una progresión alarmante la cifra de la criminalidad.

En un país tan pequeño como el nuestro, con una población relativamente exigua, y en donde la estadística criminal ha recogido en sus cuadros pavorosos, durante un año, el número de 635 delitos, en 1910, de aumento con relación a 1909, no es aventurado predecir que se marcha en rodar vertiginoso hacia la completa desintegración política y social.

Los pueblos sin iniciativa para el trabajo independiente—tal vez por una aberración atávica de sus componentes étnicos—son los que se agitan locamente en las audacias bélicas de las luchas intestinas.

¡Honduras necesita, para su restauración, del bálsamo bienhechor de la concordia y de la moralidad pública de sus hijos!

*
* *

Las *celebridades oficiales* y los *caracteres de similar* se dan entre nosotros con la misma exuberancia que nuestros inmensos bosques.

Lo que les falta a muchos de los tales *superhombres locales*, es el valor de tener el talento necesario para expresar su pensamiento, sin eufemismos ni hipocresías, ante la faz de la Nación, sobre todo, cuando se trata de salvar la independencia y la dignidad de la Patria.

Por eso, mi optimismo de patriota, me hace exclamar con el gran Emerson: *Los hombres de carácter son la conciencia de la sociedad a que pertenecen.*

*
* *

Necesitamos orientar nuestro criterio político-pedagógico hacia horizontes más amplios de positivo progreso.

Que la educación de la juventud hondureña se liberte de los viejos prejuicios del pedagogismo antidi-luviano, que ha hecho de cada individuo académico un arsenal de conocimientos etéreos e inadaptables a nuestro medio ambiente social y científico.

Somos demasiado soñadores en esta época de las grandes conquistas industriales y del positivismo de la ciencia moderna.

La liberación de la futura familia hondureña, solo se conseguirá *rectificando la postura del niño frente a*

la Naturaleza, como lo dijo el pensador mexicano don Justo Sierra, para que así, por medio de la enseñanza cívica, experimental y adaptable a la cultura y a la civilización actuales, se llegue al reinado de la justicia, que nos dará, consecuencialmente, los dones maravillosos de la Paz.

Que se principie en el templo de la moderna escuela hondureña, bajo el patrocinio de Pestalozzi y de Fröebel, la obra magna de la genuina educación de la juventud: que en la prensa, en la cátedra, en el púlpito y en el seno tranquilo del hogar, se perpetúe el esfuerzo regenerador iniciado en la escuela primaria, en pro del sentimiento de *hondureñización*, de concordia y de unión, al par que de civismo, que haga de cada ciudadano hondureño, un ser consciente de sus derechos y deberes para con la Patria.

*
* *

Con la era de civilidad en el Gobierno, que se ha principiado en varios países latinos de América, se afianzará, de seguro, por la observancia de los principios netamente republicanos, el destino de estas jóvenes democracias autóctonas.

Es indudable que las aspiraciones políticas y sociales de los pueblos del Istmo, tienen que sugetarse, imperativamente, dentro de los límites que representan los ideales de las colectividades modernas, en virtud de la cultura y de la sensatez que les dará la experiencia de una vida azarosa, durante los períodos pretéritos de las luchas intestinas.

Para el patriotismo hondureño, más que para cualquier otro, se im-

pone inmensamente el esfuerzo de iniciación en esa labor ciclópea de fraternización y de concordia, en beneficio de la civilización y del progreso, para que así podamos llevar un miembro sano y robusto a la formación del pujante organismo de la República inmortal de Centro-América.

PARRAFOS FINALES

Es necesario arrojar al abismo
el hacha mellada de las ideologías,
e ir directamente a la acción.

VARGAS VILA.

BIEN se comprende que el actual período de la existencia política de Honduras, es difícil en grado máximo, siendo así que, el Gobierno provisional que preside el doctor Bertrand, tiene que actuar en una labor de neutralización de los sentimientos antagónicos de la colectividad hondureña, para corresponder ampliamente a los fines patrióticos que se tuvieron en mira al ser designado para su exaltación a la Primera Curul del Estado.

Si no se contraría, por lo menos, el espíritu justiciero y altamente liberal, de una siquiera de las Bases del Convenio de Puerto Cortés, y en

la cual se estipuló que *se garantizaría a las agrupaciones políticas y a los hondureños en general, la más absoluta libertad en las próximas elecciones de autoridades supremas y locales etc., etc*, el nombre del doctor Francisco Bertrand, pasará a la Historia con los prestigios de un gobernante incorruptible que supo conducir, con la serenidad de un hábil piloto, por el mar tempestuoso de las pasiones lugareñas, la nave carcomida de la República Hondureña.

Del doctor Bertrand son las siguientes hermosas palabras, de una sencillez catoniana, que él dijo solemnemente ante la Representación Nacional: *Cualquier sacrificio estoy dispuesto a hacer para el cumplimiento honrado de las obligaciones que hoy contraigo con el pueblo.*

*
* *

Porque comprendo que la obra impía de la postración de Honduras, no ha sido el resultado de los errores y bajezas de este o de aquel caudillo, de escribas o fariseos, de cristianos o paganos, sino que de todos y de cada uno de los hondureños, cual más o cual menos, no he particularizado el nombre de ninguno de los caciques de la tribu.

Y puesto que todos hemos labrado el madero para la crucifixión de la Patria, seámos también unidos para cargar con las enormes responsabilidades, ante la humanidad y ante la Historia.

Barrunto sinceramente de que he sido mordaz, y, hasta cierto punto exaltado al esbozar paladinamente

las anteriores reflexiones; pero esa actitud de mi alma, que siente las tristezas y los dolores de Centro-América, obedece a mi profunda convicción de que, *las grandes verdades deben grabarse con caracteres de fuego en la conciencia de los pueblos!*

1911

LA PARADOJA DE LA
INDEPENDENCIA
A LA MANERA DE UNA
EXÉGESIS HISTÓRICA

PERO es que la evolución se impone imperativamente en todos los órdenes de la inteligencia y de la actividad creadora; la evolución que es sinónima de renovación, de rejuvenecimiento, de vida nueva, de expansión magnífica y pujante; la evolución que es para los organismos individuales y colectivos lo que la divina primavera—la estación milagrosa que idealizan los panidas—es para la inmortal Naturaleza, una fuente inexhausta de aguas lustrales y maravillosas que fertilizan, desde las sutiles palpitaciones del espíritu complejo y laborante, hasta las microscópicas creaciones de la Gran Fuerza Ordenadora del Universo.

Así divagaba el filósofo LIBORIO,

el hosco y viejo idealista, amador del ensueño de los pálidos monjes y de los ínclitos sabios que han apacentado, a través de todos los ciclos del mundo, el ideal infinito e inholado de la transmutación de los valores mentales, que hagan del hombre la fuerza inteligente más poderosa de la creación; el ente de máxima preponderancia en este trágico barajar del misterio, que es la vida del pensamiento en el desfile interminable hacia la eternidad.

*
* *

Pues bien. Si estudiamos la concepción del filósofo LIBORIO, con referencia a la evolución política y social de Centro-América, en uno como paréntesis de optimismo y de libertad, tendremos que llegar materialmente a conclusiones áridas y desconcertantes como apotegmas de descomposición y de muerte.

He aquí, pues, nuestra tesis que hemos seleccionado patrióticamente, entusiásticamente y que resumiremos así: LA PARADOJA DE LA INDEPENDENCIA.

Procuraremos demostrarla con la fe idealista de los grandes soñadores que interrogan agorera-mente el destino multiforme de los pueblos.

*
* *

El jocundo amanecer del 15 de septiembre, desde hace 92 años, en que nuestros abuelos proclamaron la Independencia, ha sido saludado por nuestro infantilismo visionario y quijotesco, con esa garrulería de las prosas y de los versos en que justamente se recuerda y se exalta el gesto magnífico de los Delgado, los Barrundia, los Molina, los Valle y los demás próceres que nos dieron Patria, pero sin analizar, o mejor dicho, sin hacer un voto de fe o una interrogación íntima de la posición que ocupan estos pueblos con relación a su vida hogareña e internacional, y sin comprender, por lo mismo, como lo ha dicho el filósofo *Liborio, de que la evolución es para*

los organismos individuales y colectivos, lo que la divina primavera es para la inmortal Naturaleza, etc., etc.

*
* *

El aniversario de la Independencia debería servirnos, no solamente para darle rienda suelta al Pegasus de la fantasía, sino también para hacer el recuento de las conquistas positivas que hemos alcanzado en los dominios de la Libertad y del Derecho; para pasar revista en las filas avanzadas de los cruzados del progreso, que conducirán a estos pueblos hacia la completa redención. Eso es precisamente lo que demanda actualmente el patriotismo en Centro-América.

A este propósito, recordamos una lección elocuente, al par que lapidaria, de un insigne profesor de idealismo, nada menos que de Wilson, el actual Presidente de Yanquilandia.

dia, quien, con motivo de la celebración del cincuentenario de la batalla de Gettysburg, el 4 de julio de 1913, en aquel histórico sitio en donde se decidió la suerte de la Confederación Norteamericana, pronunció un discurso de hierro y de patriotismo yanqui, en el cual encontramos las siguientes palabras, fuertes y vibrantes, como un evangelio de aquella raza: «Estos venerables—dijo Wilson—que han llenado la campaña en los días del aniversario de Gettysburg, nos dieron un gran ejemplo de lealtad y abnegación. Se dispusieron a morir para que el pueblo viviese. Pero su labor está realizada. El día de ellos termina ya. Vuelven la vista hacia nosotros para que perfeccionemos la obra que con sus sacrificios establecieron y consolidaron. Nos la han entregado para que continuemos realizándola en otra forma, pero animados del mismo espíritu. Nuestro día no termina aún; está sobre nosotros en plena luz».

«Aquí tenemos a la Nación que Dios ha construido por nuestras manos. ¿Qué debemos hacer con

ella? ¿Quién se encuentra dispuesto a proceder siempre animado por el mismo espíritu que aquí nos congrega de esperanza y de patriótico fervor? El día de nuestra existencia nacional sólo ha se extendido en la mañana. No pongáis los uniformes a vuestro lado; colocad sobre vosotros la vestidura del presente. Levantad vuestros ojos hacia los grandes caminos de la vida que os quedan por dominar en interés de la paz justa, y de esa prosperidad que se anida en el corazón del pueblo y que sobrevive a todas las guerras y a los errores todos de los hombres.»

Es así como habla la sinceridad y el férvido sentido práctico en la vida del Derecho, de la Libertad y de la Paz, de los hombres representativos de las naciones conscientes de su misión histórica.

*
* *

Siempre hemos abrigado la creencia de que alrededor del t6pico de la Independencia, se han amontonado no pocos prejuicios de absurdas perspectivas locales y de mal reprimidos odios por tal o cual tendencia de preponderancia en el Gobierno de estos pueblos. La Historia es elocuente a este respecto.

Hablemos de otro modo para ser m6s claros.

Que la independencia de Centro-Am6rica fue el resultado de la preparaci6n y aptitud decidida del pueblo para llegar a la liberaci6n de todos sus derechos y aspiraciones en la evoluci6n pol6tica de la Democracia, es un absurdo

que la observación y la experiencia están demostrando en sentido contrario.

La Independencia fue la obra prematura de unos pocos espíritus selectos y divinamente iluminados por los fuegos de las auroras futuras que aun no se han iniciado en el horizonte de la Patria.

Al proclamarse la emancipación de estas comarcas, no había un partido autonomista completamente disciplinado en el esfuerzo unánime que empujara la nave nacional por sobre las ondas embravecidas, para que no naufragara, por falta de guías expertos, en medio de las borrascas y de las tempestades que no tardaron en desatarse. Ya sabemos que en Centro-América, los contados hombres de acción y de pensar en las bregas de la política, en aquella época, gesticulaban en un ambiente caldeado por las llamaradas que llegaban del incendio épico del Norte y del Sur, y obedecían, más que a la convicción profunda de la verdadera libertad de estos pueblos, a la sugestión de los enciclopedistas franceses y a las homéricas proezas

de los esforzados cachorros de Bolívar y del Padre Hidalgo. Todavía estas colectividades no estaban preparadas para la Independencia. El gesto del sabio Valle, demostrando la incapacidad de las mesnadas aborígenes para obtener el Gobierno propio, en la memorable reunión del Palacio Consistorial de Guatemala, el 15 de septiembre de 1821, es la más clarividente de las palpitaciones del genio que se adelantó a su época para escudriñar con mirada águila en los oscuros repliegues del porvenir nacional.

La Independencia fue la resultante inmediata de la elocuencia oratoria de los próceres, y no el producto sazonado de la experiencia y de los dolorosos desgarramientos de las grandes epopeyas.

En corroboración de las anteriores afirmaciones, basta recordar, aunque aisladamente, que al proclamarse nuestra emancipación política, en la citada reunión de Guatemala, se hizo entre los hombres que representaban el autonomismo y el tradicionalismo, uno como pacto de concesiones fraternales

que rimaba perfectamente con las tendencias románticas que imperaban en el espíritu de aquel instante, y que, en el corto devenir de los años, dió por resultado la formación del caos político en que hasta ahora viven estos pueblos. La fraternización de Barrundia, Molina, Delgado y los otros próceres que ostentaban la escarapela de la libertad, con los Aycinena, Beltranena y Pavón, que siempre fueron tradicionalistas, ya sabemos cual ha sido la consecuencia inmediata en la vida turbulenta y azarosa de estas democracias indomeñables.

*
* *

Hay un fenómeno político-sociológico que bien puede señalarse como de común influencia en las nacionalidades indolatinas, y que consiste en la falta de preparación de la mayoría de éstas, para tener Gobierno propio, no solamente por la indisciplina social en que viven, sino también por la ausencia de honradez política y administrativa. A los gobiernos de paz y de trabajo, con tendencias hacia la libertad, se prefieren, casi siempre, las dictaduras militares, a la sombra de las cuales han florecido no pocos derechos y aspiraciones libertarias, para hacer de más relieve el sentido paradójico de esta afirmación. Es así como se explica el paso por el

Gobierno, de un Rosas, doctor Francia, García Moreno, Carrera, Porfirio Díaz, Zelaya, y otros dictadores, que mantuvieron extrangulados a los pueblos como para hacer resaltar más la necesidad de la libertad y del sentido fúlgido del Derecho.

Nuestra tesis es clara y concluyente.

Nos independizamos de la heroica y vieja España, por una feliz contingencia, y no porque estuviéramos con los músculos fuertes y con el cerebro bien almacenado de provisiones de ideas, para caer deslumbrados y empequeñecidos en las trampas que prepara el instinto criminal del caudillismo que nos lleva hacia la muerte en presencia de la Conquista. Luego, entonces, decimos nosotros, *la Paradoja de la Independencia* es una verdad clocuente, tangible y científicamente perdurable

*
* -

Si hacemos un recuento de los triunfos positivos que ha obtenido Centro-América, en los 92 años que lleva de vida *autónoma*, forzosamente, aunque nos ciegue el más fanático de los sentimientos por las patrias chicas, tenemos que confesar paladinamente, que la convulsión ingénita no nos ha permitido que advirtamos las señales que han descifrado en el cielo de la historia las naciones previsoras que marchan resueltamente hacia la hegemonía en la concurrencia mundial.

*
* *

La evolución se impone en todo cuanto existe. Ante los grandes problemas internacionales que ahora aprisionan a Centro-América, tiene ésta que enfrentarse con el porvenir y hacer un auto de fe con los expedientes de un pasado de sangre y de ignominia, para poder así evolucionar francamente en la vía de la civilización y del progreso, porque, de lo contrario, tendrá que desaparecer del catálogo de las naciones libres, puesto que el estancamiento y la inercia, son signos de pasividad y de miseria. *Renovación o muerte*, dijo el filósofo.

*
* *

Al cuadrante político de estos pueblos, ha llegado la hora histórica en que todo patriota tiene que recogerse en una mística sede de intensa meditación, para hacer el desgrane del rosario de las culpas y buscar la luminosa orientación que nos esquivará de la catástrofe inaudita. Es el trágico dilema que se concreta en el *ser* o *no ser* de la concepción legendaria. Mientras no arrojemos de nuestra sangre el virus del caudillismo y de la rebeldía atávica del indio convulsionado, no será posible que el ideal unionista fructifique, como una simiente de redención, en las eras ubérrimas de la Patria que heredamos de los heroicos abuelos del 21.

Ese sería el mejor tributo que pudiera hacerse al esfuerzo y a la honrada intención de los Próceres, porque solo así, realizando la Unión de las cinco parcelas del Istmo, podríamos celebrar el primer Centenario de nuestra emancipación política, de una manera consciente y gloriosa, y entonces si podríamos exclamar: ¡Somos libres y grandes, porque al fin ya merecemos ser dignos herederos del legado sacrosanto que nos transmitieron los superhombres de las gestas autonomistas!; y *la Paradoja de la Independencia* se transmutará en el oro de una realidad espléndida y eterna como el genio infinito de la raza.

1913.

ALREDEDOR DEL HEROE
NACIONAL CAPITAN GENERAL
GERARDO BARRIOS

EL General Barrios, lo mismo que el Cid de la epopeya ibérica, aun después de muerto, continúa librando sendas batallas por la Justicia, la Democracia y el Derecho. Y es que el general Barrios era uno de esos seres REPRESENTATIVOS de que nos habla Emerson, que encarnan las aspiraciones y las altas concepciones de una raza, de un pueblo, en el éxodo infinito hacia la meta de la Libertad.

La posteridad es el crisol en donde se funden las acciones de los hombres que nos han precedido en la vida, y de donde surgen transformados en gigantes o en pigmeos, no por el milagro de la alquimia que transmuta a las almas, como soñaron con los metales los monjes de la

Edad Media, sino por la bondad y la magnitud de los hechos que aquellos realizaron.

Barrios, juzgado por la posteridad, se ha transformado en un símbolo de redención patria, que esplenderá a través de los tiempos.

* *
*

Los que estudiamos a los hombres y a los hechos sin los malsanos prejuicios de las pasiones locales, sin la metafísica política de los *enredos caseros*, no arrojamos los carbones de la prosa en el incensario de las idolatrías, para hacer el culto de tal o cual caudillo, sino cuando hemos ahondado en el proceso histórico-filosófico de los acontecimientos y de los protagonistas.

El general Barrios fue múltiple en el ambiente histórico en que actuó desde el año de 1829 hasta el aciego de 1865.

Hombre de una época legendaria, tal vez por un milagro de la transmigración o de la evolución espiri-

tual, su alma perteneció en otro ciclo a uno de aquellos esforzados legionarios griegos de la edad de Pericles, que vivieron y murieron por la grandeza y la dignidad de la Patria, y que después, en el hondo secreto de la vida humana, se reencarnó en el bravo paladín centroamericano.

Él era de la generación de los grandes iluminados de la Patria, a que pertenecieron Morazán, Cabañas y Jerez, que, en el nuevo apostolado de las ideas democráticas, sellaron con su sangre de valientes el árbol fecundo de la libertad americana.

Todo en él revestía la grandeza de su voluntad ciclópea, que lo ponía a mayor altura del nivel en donde rayaban los esfuerzos de los hombres de su época, alcanzando el prestigio de un vencedor en la vida por la *actividad* y la *honradez* de sus principios políticos, que son las dos virtudes teologales del catecismo de las victorias.

*
* *

No era él un espécimen del caciquismo criollo, intransigente y procaz, que recuerda al doctor Francia, García Moreno y a Carrera, espíritus agoreros herméticamente cerrados a los efluvios de la civilización moderna. Seguía, como un vidente, las orientaciones de la política salvadora de Centro-América, y consideraba la Unión de las cinco secciones del Istmo, como la clave de la prosperidad y de la respetabilidad de estos pueblos. Por eso clamaba como un profeta, a raíz de la muerte del aventurero yanqui William Walker, en 1860, en una carta que le dirigió al Presidente de Honduras, general José Santos

Guardiola, con estas palabras de dolor y de clarividencia:

“Mucho ha hecho la Providen-”
“cia Divina por salvarnos de los”
“filibusteros, siendo visibles los”
“milagros; *temo que le canse nues-*”
“*tra inercia, y que un día nos*”
“*abandone y caigamos en el abis-*”
“*mo. Yo sé que como están ahora*”
“*las Repúblicas de Centro-Améri-*”
“*ca, están mal, porque no tienen*”
“*medios de una existencia segura*”
“*y digna; dígolo de una vez, son*”
“*parodias de nación y sus gobier-*”
“*nos son parodias.*”

Y sus palabras no eran romanti-
cismos del momento, sino que la ex-
presión firme de su constante pensa-
miento desde que entró en las filas
del glorioso ejército morazánico.

*
* *

Recordemos algunos pasajes de nuestra Historia. A la muerte del general Morazán, los compañeros del *Padre de la Patria*, que desde entonces se les llamó *coquimbos*, tuvieron asilo en tierra salvadoreña el año de 1843, siendo Jefe de esta sección el distinguido hombre público don Juan José Guzmán.

A consecuencia de los obstáculos con que tropezó el Gobierno confederado que se estableció en San Vicente, el siguiente año, debido a la política separatista de Carrera, los generales Barrios, Cabañas y demás compañeros, le prestaron sus importantes servicios al Gobierno hasta que se hicieron los arreglos

de la paz.

El año de 1844 era Jefe de El Salvador el general Malespín, uno de los muchos espíritus sugestionados por las aberraciones carreristas, y luego se declaró abiertamente hostil a los *coquimbos*, quienes, entre ellos, los generales Barrios y Cabañas, pasaron a la sección de Nicaragua.

A la caída de Malespín, a la que contribuyeron los expresados caudillos, ocupó la Jefatura de este Estado el general Joaquín Eufracio Guzmán.

*
* *

No puede negarse la influencia que ejerció el general Barrios en la celebración del Pacto de Confederación de los Estados de Nicaragua, Honduras y El Salvador, en 1849, el cual es conocido con la designación picaresca de la *República Guanaca*.

En 1852, siendo Presidente de Honduras el general Cabañas, su antiguo y leal compañero, concurrió a la Asamblea Unionista que se reunió en Tegucigalpa en el citado año.

¿Quién, al leer la biografía del Presbítero don José Trinidad Reyes, escrita por la pluma esplendorosa del gran publicista hondureño, doc-

tor don Ramón Rosa, no ha sentido la unción heroica de aquellos esforzados paladines de la Unión? En el pasaje que se refiere al momento solemne en que el Padre Reyes hacía el elogio de los nobles ideales unionistas, con su palabra sapiente y de férvida convicción nacionalista, que vibraba como un canto sagrado bajo las bóvedas silenciosas del templo metropolitano, cómo nos parece ver la figura marcial del general Barrios, moviéndose en un impulso de inspiración celeste, en ademán de levantar su espada para saludar al elocuente orador, entre el recogimiento religioso de aquellas almas fervorosas en oración patriótica.

Es en esa página inmortal en donde ha tiempo que nos cautivó fuertemente el célebre soldado cuscatleco.

*
* *

Por contribuir a la defensa del territorio nacional, durante la invasión de Walker a Nicaragua, visitó a Carrera como comisionado del Gobierno de El Salvador, en 1857, en demanda del auxilio de aquel Jefe, no obstante de que "parecía una "imprudencia de que el antiguo y "leal compañero de Morazán se dirigiera al general Carrera, que "había sido el enemigo jurado de "aquél; pero se trataba de la Patria y Barrios no podía vacilar". Llegó a Nicaragua como Jefe expedicionario, en el momento en que se firmaba la paz.

Venciendo la testarudez de don Miguel Santín del Castillo, se impu-

so a la consideración del pueblo salvadoreño, y fue electo Presidente Constitucional de El Salvador, a fines de enero de 1860.

Consecuente con sus francos ideales políticos, y, a pesar de la oposición sistemática del clero, logró encausar a El Salvador en la vía del progreso efectivo, llegando este Estado a un período de prosperidad que se ha hecho clásico en los anales del país.

Sacrificando, en parte, la dignidad de sus sentimientos de hombre público, intentó llegar a un acuerdo con el general Carrera, con el fin de resolver el problema de la Nacionalidad Centroamericana, para lo cual, siendo ya Presidente, visitó de nuevo al citado Gobernante, a fines del mes de diciembre de 1860.

Después de todo eso, la mejor armonía reinaba en apariencia entre ambos Jefes de Estado, hábilmente simulada por la política jesuítica de Carrera.

*
* *

Haciendo el análisis de dos pasajes de nuestra Historia, relativos a la muerte del ex-Presidente de Honduras, general José Santos Guardiola, ocurrida el 11 de enero de 1862, y el intento de asesinato en la persona del general Barrios, el día 4 del mismo mes y año, nos hemos preguntado: ¿Que secreto eslabón de *intención o de analogía* une a esos dos sucesos? Hagamos luz. El general Guardiola, al conseguir la incorporación de las Islas de la Bahía y de la Mosquitia, al territorio hondureño, mediante un tratado con Inglaterra, respetó la libertad de cultos, no obstante de estar él afiliado al llamado *partido*

conservador. Por esa resolución y otros detalles, que no es del caso mencionar, el Vicario Capitular de la Diócesis hondureña, don Miguel del Cid, llegó hasta el grado de excomulgar al Presidente Guardiola, levantando así la bandera de la rebelión clerical. El señor del Cid y numerosos párrocos emigraron a El Salvador. Esto pasaba el año de 1861.

El Presidente Guardiola, como hemos dicho, fue asesinado el siguiente año en el Palacio de Comayagua por un grupo de fascinosos, varios de los cuales habían ido de este Estado.

En ese mismo año de 1861, a mediados de noviembre, el Obispo de esta Diócesis, don Tomás Miguel Pineda y Zaldaña, abandonó el territorio salvadoreño para residir en Guatemala, lo mismo que un regular número de curas párrocos, por dificultades existentes entre ellos y el general Barrios.

El atentado contra la vida de este Presidente tuvo lugar en enero del siguiente año.

Hay una fatídica armonía en la sucesión de los acontecimientos y de las pasiones humanas, que la historia, como obra de los prejuicios de los hombres, no consigna con severidad catoniana.

*
* *

Si admiramos al héroe de Gualcho, San Antonio, Guatemala, Espíritu Santo, Coatepeque y San Salvador, peleando contra los funestos elementos del oscurantismo y del retroceso, nuestra profunda admiración se trueca en un elevado culto por el glorioso paladín de las ideas salvadoras, en el momento cuando es llevado a la presencia de sus jueces, como un nuevo Cristo que predica la Unión y la Concordia de los hombres, para conseguir la ansiada resurrección de la Patria Grande, y con su palabra profética y viril los conmueve y anonada, cuando exclama: *“Mi sombra os perseguirá y el pueblo salvadoreño*

me vengará algún día”.

El sacrificio es el pedestal de los mártires. Barrios, en el patíbulo, se transfiguró en un Santo del Calendario nacional. En el martirologio de la Patria Centroamericana vivirá su nombre eternamente al lado del de Morazán, Cabañas, Jerez y los demás Próceres de nuestra unidad política.

*
* *

Los pueblos, como los hombres, tienen sus momentos de ofuscación y de barbarie, que nos recuerdan la vida tormentosa de los seres de la edad primaria. Por eso, el distinguido historiógrafo don José Dolores Gámez, refiriéndose a la muerte o asesinato político del General Barrios, ha dicho lo siguiente: “El “pueblo salvadoreño dormía en” “aquél entonces el sopor de la con-” “quista, bajo el látigo tremendo” “de los seides de Carrera; y fue en” “esa hora de conturbación para” “los hijos de la heroica Cuscatlán,” “cuando pudo alzarse el patíbulo” “del 29 de agosto, entre las som-” “bras de una noche tenebrosa y”

“amparado por criminal misterio”.

“La sangre de Gerardo Barrios”

“no ha salpicado la faz del valero-”

“so pueblo salvadoreño, que tanto”

“le quiso, sino sola y exclusiva-”

“mente la de sus crueles verdugos.”

Él, con el estoicismo de un verdadero mártir, dijo así en su testamento como el Gran Sacrificado de San José de Costa Rica: «*Perdono a mis enemigos políticos que me han conducido a la muerte*».

¿No es esta la dulce filosofía y la noble mansedumbre de Jesucristo, llevada hasta la excelsitud del más puro heroísmo?

¡Sursum Corda a los genios y a los santos de la humanidad futura!

*
* *

Si seguimos en todos sus detalles la vida de este invicto cruzado de la Unión Nacional, llegamos a convencernos, por muy apasionados que seámos en contra de él, que el general Barrios fue un hombre extraordinario, de voluntad de hierro, que tuvo la clarividencia de los genios y el trágico fin de los grandes crucificados, siendo *una notabilidad salvadoreña*, como diz que dijo en medio de la cobardía de sus esbirros, el Fiscal de la farsa del Consejo de Guerra que lo juzgó.

Pero está escrito con caracteres indelebles, que los legionarios de la idea, los extraviados en las encrucijadas de las bajezas humanas,

que dijéramos; los apóstoles del Evangelio de la Justicia, son los eternos lapidados por todas las injusticias, todas las miserias y todos los dolores. Esa es la ley humana que escarnece y vilipendia a todo el que tiene alas y asciende. Acordaos de Jesucristo, de Colón y de Bolívar, y de todos los iluminados por el espíritu de Dios. Por eso estos pueblos que ya forcejean por desacirse de las ásperas garras de la barbarie, de la ignorancia y del sopor de muchos siglos de un enervante rutinarismo, ya empiezan a glorificar a sus benefactores en la hermosa conquista de la civilización.

La apoteosis hecha a la memoria del general Barrios, ha sido un acto de fe jurada que el pueblo de Centro-América ha otorgado a la Democracia, la Justicia y el Derecho.

El mármol pentélico y el bronce mirífico perpetuarán en un ritmo épico la figura legendaria del benemérito soldado unionista.

¡Bien hayan los pueblos que saben honrar la memoria de sus superhom-

bres, porque de ellos es el imperio de la Libertad!

¡General Barrios: tus palabras se han cumplido. El pueblo de Centro-América te ha vengado!

1910

LOS PARTIDOS POLÍTICOS EN
CENTRO-AMERICA

EL PARADOGISMO DE
SU ORGANIZACION.

EN todas las sociedades más o menos organizadas, que cuentan con un acervo histórico de varios siglos de vida, hay poderosas corrientes de aspiraciones, idealidades y tendencias hacia un determinado fin político y social, en armonía con las orientaciones ideológicas de la época.

Es esta una de las características de la civilización actual.

Si aceptamos la existencia de los partidos políticos, en las viejas colectividades ciudadanas, como la expresión del pensamiento y de la acción de dos o más tendencias contenidas en el seno mismo de los pueblos, es solamente como la abstracción de fuerzas antagónicas que engendran en el mecanismo

de las relaciones humanas, el equilibrio político tan necesario para asegurar la existencia de las naciones. Eso es precisamente lo que sucede entre los ortodoxos y los heterodoxos de todos los países progresistas. De la neutralización de varias fuerzas contrarias resulta la estabilidad de un empuje magnífico que se resuelve en el triunfo de la Dinámica Social, cuando se trata de la vida cívica de las agrupaciones humanas.

*
* *

Los verdaderos partidos políticos no existen en Centro-América.

¿Que entendemos por partidos políticos?

Para nosotros, según creemos, son las instituciones bien organizadas, con sus leyes disciplinarias, sus reglamentos, su Constitución escrita, si se quiere, que se esfuerzan patrióticamente por implantar, dentro del círculo de sus actividades, las teorías o aspiraciones de este o de aquel programa político.

Pretender que en Centro-América, que no cuenta siquiera con una centuria de vida independiente, existen los *partidos políticos*, equivale a falsear el concepto histórico de aque-

llos organismos, y a caer, tal vez inconscientemente, en la trampa de una perogrullada desmentida constantemente por nuestra tradición aborígen.

Si hacemos una incursión por los sombríos territorios de nuestra Historia, del año de 1821 al presente, y estudiamos con imparcialidad los acontecimientos y los hombres, en un instante determinado, nos convenceremos de la gran verdad que encierra la mente de la tesis apuntada.

Analicemos algunos pasajes de la Historia patria.

El acto vital de la proclamación de la Independencia nacional, en la antigua Capitanía General de Guatemala, no fue una obra exclusiva de los Próceres que militaban en el bando de las ideas libres que, en Centro-América, al principio del siglo diez y nueve, florecieron en los cerebros pensadores con todo el vigor de los enciclopedistas franceses. Ella encarnó, si así dijéramos, la noble realización del inmenso pensamiento de la selecta minoría de los centroamericanos que amaban la

Libertad como la suprema felicidad de los pueblos.

No fue solamente con el fin de una *suplantación en los empleos públicos*, como alguien ha dicho, por lo que se empeñaron nuestros honrados mayores, para emanciparnos del tutelaje de tres siglos de postración y de ignominia. No. Mil veces no.

El caso particular de los Aycinena, los Beltranena y los Pavón, en aquel gran acontecimiento político, como en otros, nos dá, en parte, la clave primordial de lo que han dado en llamar, con un sentido incoherente, *los partidos políticos* entre nosotros.

Que don Mariano de Aycinena y los suyos, afiliados a la parcialidad tradicionalista, cooperaron con fervor inusitado al triunfo de la Independencia, es un hecho aislado, al parecer, y que sin embargo, puede servir de base para escalonar una serie de observaciones que harían llegar al historiador desapasionado y sesudo, a dolorosas conclusiones del más lacerante pesimismo. ¿Que importancia puede tener el esfuerzo

personal en los acontecimientos de una nación?, podría objetársenos por alguien. Pues bien. Ya conocemos cuáles fueron las consecuencias deplorables de los sucesos políticos posteriores al año de 1821, con motivo de la participación que en ellos tomaron los *leaders* de la llamada nobleza guatemalteca. La Historia los consigna con severidad justiciera.

El mismo don Juan Lindo, *el zorro de la política hondureña*, que fue Jefe de Honduras y de El Salvador, y que según dicen comulgó en las ideas *conservadoras y liberales*, es otro espécimen de los muchos que pueden citarse acerca del período caótico del ideal evolutivo de los *partidos políticos* en nuestro existir republicano.

La psicología personal, es, si así pudiéramos decir, una como condensación de las ideas ambientes, en relación con la cultura y la influencia que se ejerza en el desenvolvimiento de los acontecimientos humanos.

Por eso hemos creído, que el general Barrios, con la ductilidad de

sus ideas políticas y religiosas, que para algunos escritores adolecían de contradicción e incoherencia, fue un equilibrado espíritu de transición que buscaba la nota armónica de la fraternidad nacional, en una época borrascosa de hecatombes sangrientas. Fue un pensador ilustre al par que un guerrero de estirpe legendaria.

Se dice que fue *conservador* el general José Santos Guardiola, y, sin embargo, les concedió la *libertad de cultos* a los habitantes de las Islas de la Bahía, cuando éstas pasaron a formar parte del territorio hondureño, después de haber estado bajo el dominio de Inglaterra.

Liberales nos dicen que eran Jerez y Castellón, y ya sabemos cuales fueron para Centro-América las consecuencias desastrosas de la invasión filibustera de 1855 a 1857.

¿Para qué seguir fatigando a la Historia con estas advocaciones de una realidad indestructible y eterna?

¡Los hechos son inexorables, elocuentes y severos, así como la muerte!



Todo evoluciona y progresa en la sucesión infinita del tiempo y del espacio.

Para el pueblo de Centro-América, aun no ha llegado el instante de que trabajemos por la majestad de las ideas, pues vegetamos todavía en la etapa bélica del exterminio fratricida.

En varias repúblicas hermanas de nuestra América, que han tenido el heroísmo de sustraerse, lo más que han podido, de las fiebres levantiscas en las luchas canibalescas, ya hemos visto como han tenido asidero en ellas todas las grandes concepciones que delinean la arquitectura de las naciones civilizadas.

¿Que fueron las fiestas del Centenario de la Independencia de la Argentina, Venezuela, Chile y México, en el curso del progreso mundial? Representaron el esfuerzo patriótico y bien encauzado de los pueblos jóvenes y fuertes, que ya piensan seriamente en el glorioso porvenir de la raza.

Ya en esas naciones, en las cuales se resuelven árdulos problemas de administración y de política, está claramente esbozada la fisonomía de los verdaderos *partidos políticos*.

La existencia del partido civil y militar en el Perú; del radical y conservador en Colombia y en Venezuela, etc., etc., demuestra el resultado lógico de la transmutación política de esas colectividades que aspiran a conseguir una organización razonable y concluyente en la jerarquía de las nacientes democracias de la América Indiana.

Es por eso que redoblan sus ingentes energías para salir del bárbaro período de las indómitas rebeldías, como el resultado forzoso de una cruel y prematura experiencia de la vida intranquila y desquiciadora, y

se encaminan casi todas ellas triunfalmente al proficuo reinado de la concordia.

El arreglo amigable del último conflicto internacional que ocurrió entre Bolivia y la Argentina; del Perú con el Ecuador y Chile, etc., etc., habla muy alto de la cordura y de la buena voluntad de esos países para solucionar satisfactoriamente los asuntos referentes a sus relaciones internas y externas, de conformidad con las nuevas orientaciones culturales y equitativas del Derecho y de la Diplomacia moderna.

*
* *

Ahora bien. Si entre nosotros no existen los *partidos políticos* disciplinados, y no hemos laborado por el glorioso reinado de las ideas, puesto que la guerra fratricida interminable nos ha escatimado el tiempo necesario para lograrlo, ¿por qué, pues, no pensamos en ilustrar nuestro criterio político con los sabios ejemplos que en tal materia nos han dado las hermanas repúblicas mayores del Continente?

De lo contrario, si queremos la vitalidad de los *partidos políticos*, que son necesarios para la marcha progresiva de los pueblos, tenemos, forzosamente, que abordar los enormes problemas de la educación polí-

tica de nuestras muchedumbres agresivas e irredentas. Es éste un deber imperioso y esencial que se sobrepone inmensamente, tanto a la conciencia del sociólogo, como a la del periodista, sacerdote, maestro, y al patriotismo de todos los hombres de buena voluntad.

No es otro el alto fin de la síntesis del *Panamericanismo* que alentaron honradamente los potentes cerebros de Grover Cleveland y James G. Blaine, sino que el de la unión efectiva de las aspiraciones de una sana fraternidad de las repúblicas de América, no obstante de que en la patria del férreo *Uncle Sam*, se libran encarnizadamente las luchas renovadoras de los *partidos militantes*, que han hecho de ella, en plena adolescencia, una nación poderosa e inmensamente fuerte en la gran concurrencia del mundo.

*
* *

En Centro-América, por un anacronismo insólito, cuyo génesis se encuentra en nuestra defectuosa educación política y social, hemos caído en el abismo insondable de una enorme confusión de las ideas, y hablamos de los *partidos políticos* con la convicción del sabio o del observador encanecido, que ha escrutado, con religioso recogimiento, las multiformes evoluciones de la sociedad, a través de los fecundos ciclos históricos, y hemos llegado, por lo tanto, al fin del *paradogismo* en la pretendida organización de los *partidos políticos* que no existen.

Nos hemos atiborrado el cerebro con sendas lecturas libertarias, pero

no hemos digerido las ideas. No sabemos siquiera establecer la diferencia que hay entre una revolución y una rebelión. Estamos en plena anarquía intelectual que confina con la muerte.

Cuando la Paz sea perdurable, por efecto del largo vivir doloroso que nos dará la experiencia, y meditemos seriamente en el futuro incierto de esta infortunada *Madre Nuestra* ¡Centro-América!, comprenderemos claramente cuál es el espíritu de la teoría político-sociológica de que hablaba el yanqui M. Buchanan, cuando expresaba sus eufemismos y sutilidades maquiavélicas acerca del *Destino Manifesto* que les espera a los pueblos débiles e imprevisores que se desangran en guerras infecundas, contra los cánones de la civilización y contra el prestigio inmortal de la Patria y de la Raza!

1910

LA PAZ

¿CÓMO no levantar un himno triunfal a esta Deidad Divina, a cuyo amparo los pueblos de la tierra se encaminan serenamente hacia la conquista de la verdadera Libertad?

¿Cómo no arrojar los carbones de la prosa en el brasero del entusiasmo, para que ardan en las cláusulas sonoras de una lírica salutación, por esa Suprema Diosa de la vida?

Sea la frase de estructura helénica, de alma lumínica, la que diga la excelencia de un canto por la Paz.

*
* *

Si el equilibrio de las fuerzas, en Física, constituye el dinamismo universal, el ALMA MATER de la vida, otro tanto viene hacer la Paz en el complejo mecanismo social, en el hondo secreto de la existencia de los pueblos, siendo la fuerza misteriosa que endereza las energías humanas hacia el imperio de la Libertad y de la Justicia.

*
* *

No es necesario remontar el torrente majestuoso de la Historia, para deducir las causas adversas o favorables que actúan en el desenvolvimiento progresivo de las naciones. Basta recordar cuál ha sido el fin de las razas pretéritas en sus luchas infecundas en medio de la anarquía, forcejeando en vano por desahucarse de las ásperas garras de la barbarie.

Si concretamos estas observaciones a un período cualquiera de la Historia contemporánea de Centro-América, se llegará, forzosamente, a la simplicidad de esta elocuente conclusión: la Paz engendra la Libertad y el Progreso humano.



Actualmente, para la vida autónoma del Istmo centroamericano, es más sabio el mutismo fecundante del arado, que la fanfarria guerrera del caudillismo anacrónico y fratrificada.

Aquí, en Centro-América, para no citar más ejemplos, tenemos el caso altamente significativo de la noble Costa Rica, que, como consecuencia rigurosa de su existencia de paz y de trabajo, ha dado siempre un magnífico testimonio de lo que puede realizar un pueblo sensato en la esfera de la mentalidad política.

No es posible llegar a la solución de los problemas trascendentales, de cualquier linaje que sean, sin la

acumulación de los factores necesarios para ello. ¿Cómo puede pedirse la Libertad, la Verdad y la Justicia, en el mar tempestuoso de la anarquía.

Si queremos ser libres, dignos y respetados, laboremos por el reinado de la Paz, que es el principio y el fin de todo bien.

*
* *

Para que la prosperidad de Centro-América, no sea una ecuación hipotética, debemos principiar con la formación del *Ejército avanzado del Pacifismo*, que, al igual de una gloriosa cruzada de ideales modernos, dé en tierra con el espíritu convulsivo de la raza.

Solo así podremos ser los paladines esforzados de la *Gran Revolución Social*, en el seno profícuo de la Paz hermosa!

—FIN—

VIBRACIONES DEL EXTERIOR

FRAGMENTOS DE VARIAS
OPINIONES ACERCA DEL
“LIBRO DE LOS SONETOS”
DE
SALVADOR TURCIOS R.

LA CRÍTICA

« La crítica se limita generalmente a insistir sobre las disonancias que existen entre el alma del autor y la del que juzga. No conviene atribuir a la maldad lo que nace de las diferenciaciones cerebrales. No hay que protestar contra el oxígeno que nos da vida. El secreto de la victoria consiste en no esperarla de los demás y en evitar, no las injusticias de los otros, sino las que cometemos nosotros mismos ».

MANUEL UGARTE.

(Argentino).

VIBRACIONES DEL EXTERIOR

SALVADOR TURCIOS R.

SECRETARIO DEL ATENEO DE EL SALVADOR
Y DISTINGUIDO POETA HONDUREÑO.

(En retribución de su fraternal
envío del *Libro de los Sonetos*).

DE entre esa pléyade de héroes de la Poesía Centroamericana, que actualmente brillan a través de las fértiles campiñas de la intelectualidad de Hispano-América, el nombre de Salvador Turcios, aparece con suaves aleteos de ave sedienta de luz; con resplandores de aurora ávida de llegar a la suprema majestad de sus coloraciones; con sinceras afectaciones de luchas y heroísmos, capaces de vencer los mayores obstáculos, y de acometer las más arriesgadas empresas.

Caballero en buen Pegaso, como diría el espíritu proteico de Rubén Darío, Salvador Turcios, aparece en el campo de las luchas literarias de América, como uno de esos vo-

ceros redentoristas para quienes el Arte no murió en la antigua Roma, ni se apagó el sublime imperio de la Poesía con la muerte de los Dioses griegos; aparece todavía como uno de esos enviados del país de los Elegidos, que no sólo dejan sus obras selladas en el corazón de las multitudes, si que también dejan al paso de sus acometidas, regueros de luz; voces de ilusión y de grandeza, todas ellas pregoneras de la vida y de la gloria.

Día llegará en que, los pueblos, mejor expresado, las sociedades, echando atrás el velo torpe de sus depreciativas audacias, tendrán forzosamente que hermanar sus aparatosas manifestaciones, uniéndose por virtud de mágicos conjuros, las dos aristocracias sabiamente definidas por las prerrogativas del siglo en que vivimos: la del dinero y la del talento.

El «Libro de los Sonetos» es la última de las obras de Turcios. Fiesta gallarda debe celebrarse en el Olimpo.

Cada libro es un saludo de la Fantasía hecho al corazón.

Cien sonetos componen su libro; fecunda labor que sintetiza en su obra y define en su prólogo con sinceridad brotada de su alto espíritu.

En algunos de sus sonetos se nota la entonación de un himno soberano; en otros, el grito de rebeldía que conjuran los dolores humanos; en otros, la expresión profunda de su amor a la vida, a la Naturaleza y a las cosas; y por fin, en la mayoría de ellos, la eterna Esperanza, veladora de sueños y escanciadora de tormentos indefinibles que saben siempre redimir.

Como toda obra de sana belleza, su conjunto es bello. El poeta ha encontrado siempre heridas que curar, dificultades que vencer, músicas que oír.

Como lo pide en su obra, aquí tiene el amigo las impresiones que me ha sugerido su libro. La honrosa dedicatoria es inmerecida para quien tan poco vale; pero que sabe apreciar desde lejos sus gritos de protesta, y los de todos sus hermanos de sentires iguales.

Estas líneas son humildes violetas, cuyos perfumes, deseo lleguen

al señorial retiro de su misteriosa
Tebaida. . . .

JOSELÍN ROBLES S.

(Poeta y escritor chileno.)

Chillán.—Chile.—1914.

Buenos Aires (República Argentina), 27 de
enero de 1915.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Distinguido señor:

HE recibido, no hace muchos días, su tomo de poesías «Libro de los Sonetos», que tuvo Ud. a bien enviarme.

Antes de recibir el tomo a mí dedicado, había tenido ocasión de leerlo en casa de mi amigo Manuel Ugarte.

Yo espero, para conocerlo a Ud. mejor, sus libros de prosa. El señor Corpeño, en el bello prólogo que escribió para su libro, dice que «más que como hijo de Apolo lo aprecia como hijo de Montalvo en la prosa

tersa y vibrante de sus próximos libros». Dios quiera que al leerlos, si Ud. me los envía, porque por aquí no ponen, por desgracia, a la venta libros de Centro-América, si no se editan en España, — tenga yo ocasión de enviar a Ud. una larga carta con otro contenido.

Gracias por su libro. Cuando vuelva a aparecer mi REVISTA AMERICANA, ahora suspendida por la guerra europea, ¿podremos reproducir algunos sonetos suyos en sus páginas?

Soy su atento seguro servidor y amigo.

B. GONZALEZ ARRILI.

(Director de la «Revista Americana»,
de Buenos Aires.)

La Plata (República Argentina), 13 de abril
de 1915.

Señor Salvador Turcios R.

San Salvador.

Distinguido amigo y poeta:

HE recibido su libro con ese placer
lírico y hondo de los corazones

lejanos que se unen bajo el inefable encanto de la belleza.

Creáme un humilde y sincero amigo suyo.

En la Revista de la Universidad, que le enviaré, así como libros míos al aparecer, hago un juicio de sus versos. Aun perdura en mi el encanto de sus maravillosas tierras del trópico, tierras de luz, de amor y de hidalguía. Tierras de América, de nuestra América Latina, en la que Ud. y yo, y todos somos hermanos. Me es sumamente grato ser su amigo de verdad, y alguna vez le molestaré con algunas preguntas sobre ciertos poetas centroamericanos, pues pienso escribir un libro sobre nuestros numerosos y grandes líricos. Conjuntamente con las obras mías que le envíe a Ud., selas enviaré al que es también para mi respetable maestro, don Francisco Gavidia.

Con todo el afecto fraternal y las cordiales rosas de la amistad literaria, le saluda.

A. MARASSO ROCCA.

(Distinguido escritor argentino.)

Montevideo (Uruguay), 9 de mayo de 1915.

· Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Exquisito poeta:

POR el último correo ha llegado a mis manos, seguido de amable dedicatoria, su bello «Libro de los Sonetos», que Ud. ha tenido la gentileza de enviarme, y cuya lectura, íntegra, hecha de un tirón, me ha proporcionado verdadero deleite; a tal punto que he leído y releído con gran fruición muchas de sus hermosas composiciones porque las he encontrado sugestivas y penetrantes. No soy crítico—¡líbreme Dios de serlo!—y por lo tanto le diré mi sencilla impresión de aficionado sobre su interesante obra, en la que ha puesto Ud. el entusiasmo vibrante y generoso de su juventud privilegiada. Leyéndolo he llegado al convencimiento de que Ud. ha hecho obra de arte, bella, noble y fuerte y más que nada personal. Ud., no lo dude, tendrá imitadores. Si pulsa con eficacia todas las cuerdas de la lira, logra arrancar a ésta maravillosos

sones cuando canta Ud. homéricas hazañas.

Por lo dicho, creo que Ud. es poeta épico llamado a un gran porvenir.

Usted cultiva con éxito la forma más difícil del arte poético, pues sus sonetos, muchos de ellos, sino todos, que son esculturales poemas breves, por la brillantez de su inspiración, por la espontaneidad de lo narrado y la emoción que los anima, así como por la gracia con que Ud. los remata, no desdenarían firmarlos poetas de fama. Sino, ahí están sus bellísimos: «Bronces Patrios» y «Bolívar», plenos de conceptos elevados y patrióticos; «El Obrero» y «El Mendigo», magníficamente interpretados y sintetizados sus silenciosos e injustos dolores, en el tiránico espacio de catorce versos; «Antífona» y «Hermética», dechados de madrigalesco gay-decir; «Página de Album» e «Incógnita», en que deshoja Ud. delicada y caballerescamente la flor de la galantería.

Y tantos y tantos otros sonetos que perfuma el sentimiento exquisito de Ud. y que sería largo enumerar aquí.

Y que vengan *criticastro valbuenistas*, destripadores de literatos y poetas, eunucos impotentes e incapaces de concebir y de desentrañar la Belleza, y que analicen sus versos y los deformen.

Déjelos destilar el veneno de la envidia a esos fracasados del arte.

Siga Ud., gentil poeta, cortejando a las Musas, que le sobran dones de seducción para ello.

Y no deje de enviarme todo lo que publique, pues queda en estas tierras lejanas un sincero admirador y compañero suyo que, al felicitarle con efusión por haber dado cima con felicidad a su obra, producto de invaluable esfuerzo, le agradece expresivamente el valioso obsequio, estrechándole con todo afecto las manos su fraternal amigo.

ALFREDO E. MARTINEZ.

(Poeta y escritor uruguayo.)

—

Montevideo (Uruguay), 30 de noviembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Señor:

CREO pertenecer a los que sienten el Arte, aunque no lo expresan; a los que conciben la Belleza, en una forma abstracta, aunque no aciertan con el color, el ritmo, la elocuencia necesarias para comunicarla a los demás. Esa adecuación íntima que me reconozco, que me hace figurar entre los diletantes, es la que me permite, sin declararme reo de audacia alguna, manifestarle que, al leer su «Libro de los Sonetos», he solazado mi pensamiento en un baño de luz y lo he extasiado ante el hallazgo de las robustas inspiraciones que Ud. ha aconsonantado en ese libro.

Después de «Los Trofeos» del parnasiano Heredia, cincelador de mármoles de la Grecia pagana, el soneto fue forma lírica que encontró en América renovadores que lo vaciaron en moldes más nuevos que los moldes en que lo creó el clasicismo

castellano de los Lope de Vega y Argensolas.

Reconocer en Ud. a un triunfador en el difícil arte de cincelar esos relicarios del pensamiento, donde tantos admirables estetas en esa labor de miniaturistas del lirismo han triunfado, creo que es el mejor elogio que se le puede tributar.

Y yo, crea en mi sinceridad, reconozco en Ud. esa victoria.

FRANCISCO GARCIA Y SANTOS.

(Escritor uruguayo y actual Director General de Correos y Telégrafos de aquel país.)

Asunción (Paraguay), 26 de diciembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Estimado Señor:

HE recibido su «Libro de los Sonetos», y mucho le agradezco así su valioso obsequio, con su honrosa dedicatoria.

Veo en Ud. un poeta libre y de alto vuelo como el cóndor. Es Ud.

joven, y ya se anuncia como el ave de las cordilleras, o mejor dicho, de las cumbres. No se desanime, prosiga su labor con perseverancia y porfiado estudio. Háse dicho que el genio es el fruto de una larga paciencia. Querer es poder.

Celebrando poder llamarle mi amigo, soy de Ud. afectísimo y S. S.

CECILIO BÁEZ.

(Eminente publicista paraguayo.)

LIBRO DE LOS SONETOS

POR SALVADOR TURCIOS R.

A mi regreso de tierras colombianas, me he hallado entre un marmágnum de paquetes postales y correspondencias de tantas lejanías, con el «Libro de los Sonetos», que me recuerda a Numa Pompilio Llona, que con tanta habilidad los buriló por centenares.

Un soneto, díganlo Petrarca y Boileau, es magnífica y atormentadora obra de arte; por esto, los de Salvador Turcios R., voy saborean-

do muy despacio, a saltos y en diversas horas. He leído recién el prólogo o presentación, lleno de amplias ideas fraternales, de aquel fervoroso amigo de magno corazón, José D. Corpeño; la carta alentadora de ese diario traductor de exámetros, el maestro Gavidia; las hermanables frases de Alvarez Magaña, uno en el soñar con el autor de la exuberante fronda de los cien sonetos, y algunos de éstos, por donde pausadamente abría el libro.

Y me he detenido a meditar en las *Palabras Iniciales*, tempranas reveladoras de vigoroso temperamento artístico, que sufre privaciones, pero que trabaja sin desmayo. Aborrezco la burguesía del pensamiento y la mal oliente democracia del Arte; por esto, estoy en un corazón con los que cultivan a solas, quizá en aristocrática soberbia, su espíritu, huyen de la vulgaridad de los populacheros y cumplen con el deber de publicar libros para pocos, en tanto que otros creen llenarlo desenterrando oro para volverlo después a sepultar quién sabe en que báratros sociales.

Pero Turcios, en medio de sus ensueños, se rebela y frunce el ceño, siente que en él perdura el «gesto del abuelo colombino», ante los peligros no se arredra, no cede ante nada y lucha hasta vencer.

¡Que pronto, tras el «Libro de los Sonetos» se desgranen los *libros de las prosas*, en los que resalte la devoción al ambatense *cosmopolita* que llenó las regiones de la lengua castellana con la música de su verbo límpido y armonioso y con la energía de su pensamiento fustigador y original!

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.

(Conocido poeta y escritor ecuatoriano)

Quito.—octubre de 1914.

Buenos Aires (República Argentina), 29 de noviembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Agradezco efusivamente la delicadeza del obsequio personal (*) al distinguido y joven poeta, para el que formulo cariñosamente sin-

(*) «Libro de los Sonetos»

ceros votos de futuros ruidosos éxitos literarios.

GUMERSINDO BUSTO.

(Director de la Biblioteca «América»
de Santiago de Compostela, en
Buenos Aires.)

Ciudad Bolívar (República de Venezuela), 29 de
septiembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Mi apreciado amigo:

Tengo mucho placer en avisarle recibo de su hermoso volumen titulado «Libro de los Sonetos», con que Ud. ha tenido la galantería de recordarme. No sólo por el obsequio le quedo reconocido, sino también por los gratos momentos que la lectura de sus versos me ha proporcionado. Al reanudar *Horizontes* sus tareas, cumpliré con usted el deber de compañerismo de escribir algunas cuartillas sobre su labor

intelectual, de la cual son demostración decidora las páginas del *Libro de los Sonetos*. Mientras tanto, mis sinceros aplausos junto con la consideración más distinguida de su servidor y amigo afectísimo.

B. TAVERA ACOSTA.

(Sesudo historiador venezolano.)

Caracas (República de Venezuela), 23 de septiembre de 1914.

PEDRO EMILIO COLL—Ministro de Fomento—saluda a su compañero en letras, el señor don Salvador Turcios R., y le agradece las muy honrosas palabras con que le dedica un ejemplar de su «Libro de los Sonetos».

Coll, quien siempre se ha interesado en conocer el movimiento intelectual de la República hermana de El Salvador, espera encontrar las más gratas emociones en esa obra juvenil.

BIBLIOGRAFÍA.

SALVADOR TURCIOS R.—«Libro de los Sonetos»—
Biblioteca del Ateneo de El Salvador.—1914.

Hermoso libro de muy elegante edición, encabezado con el retrato del inteligente y joven autor, de quien don José D. Corpeño y don Francisco Gavidia, bien conocidos en el mundo de las Letras, hacen sincero elogio, que bien lo merece, pues aunque sus versos no sean perfectos y algunos tengan lunares, ello no es óbice para reconocer el talento, la nobleza de miras y la inspiración viril del poeta, que seguramente irá muy lejos, pues si estos son sus primeros pasos, ya se pueden vaticinar para él en el porvenir los notables triunfos que le deseamos.

(De «Sur-América», de Bogotá, Colombia, correspondiente al 30 de septiembre de 1914, cuyo Director y Redactor es el doctor Adolfo León Gómez.)

LIBROS AMERICANOS

SALVADOR TURCIOS R.—«Libro de los Sonetos.»
San Salvador.—1914.

Es un tomito elegantemente presentado. Nos abstenemos de leer las prosas que inician el libro para no adquirir fastidiosas preocupaciones, porque tenemos por sabido que un prólogo, si es de un compañero, es fervientemente encomiástico, y si de un maestro, gravemente pedante. Además, el formato de la publicación dispone a la lectura, hace buscar el soneto, y nosotros nos vamos a ello alegres y contentos, como a un campo de retozo después del rudo batallar cotidiano que cansa y aniquila.

Hemos leído el libro placenteramente, en la paz del hogar, volviendo satisfechos las hojas, encontrando las rimas ágiles, frescas, vibrantes y buenas; de vez en vez la imagen se convierte en un hallazgo, la frase tiene una cadencia cariciosa, el ritmo es el de un ritornelo que se acompasa con las dulzuras que presentimos, y entonces, para gustar

más de aquella estrofa o de aquel soneto, rompimos el silencio que reina a nuestro torno para declamar los versos cariñosamente. Es claro que los cien sonetos del señor Turcios no son los sonetos de Heredia, no son obras maestras de perfección, pero si se puede decir que en todos ellos reina un excelente buen gusto que les hace agradables.

El *Libro de los Sonetos*, es, pues, una manifestación florida de Arte.

ISAAC J. BARRERA.

(Escritor ecuatoriano, Director de la Revista *Letras*, de Quito. Este artículo apareció en el número de septiembre y octubre de 1914.)

LIBRO DE LOS SONETOS

DEL *Ateneo de El Salvador* nos ha llegado, en elegante edición, el libro del joven bardo centroamericano, don Salvador Turcios R.

Pertenece el distinguido joven al *Ateneo de El Salvador*, de la República del mismo nombre, donde nuestra diminuta y humilde hoja periódica

dica ha sido recibida con gusto y acatada por el lucido núcleo de intelectuales del importante Ateneo.

Hoy, con particular complacencia, hemos saboreado la naciente musa poética del señor don Salvador Turcios R., un ramillete de «cien sonetos» que tienen el brío de un corazón juvenil, brote de un alma llena de aspiraciones y anhelos, que sueña como Don Quijote, con el Castillo ideal de su juvenil fantasía.

(De «Mundial», de Medellín, Colombia, correspondiente al 9 de octubre de 1914.)

República de Colombia.-Departamento de Bolívar.-
Mompós, 1º de noviembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

HE tenido la honra de recibir su interesante «Libro de los Sonetos», que Ud. se dignó enviarme con dedicatoria especial etc., etc.

Agradezco y aprecio, en su más alto valer, la benevolencia y distinción con que me favorece y que, por

encima del orgullo de mi pobre ánimo, me servirá de incentivo en el campo de las Letras y de la Historia.

Hay en sus sentidas estrofas preciosas lamentaciones elegíacas de corte yámbico y de tipo heroíco, como en «Ofrenda», «Fray Fernando», «El Padre Hidalgo»; epinicios, como «A Marconi», «Unda», «El Obrero»; apólogos, como «Divagaciones», «El Violín», «El Soneto»; epicedios, como «Nimbo», «Bronces Patrios», «El Vidente». Todas ellas de grato sabor y exacta simetría.

Visionario no profano de la era actual, sus sonetos tienen un tinte nuevo y un carácter original, que arrancan de la lira torrentes de melodía y cánticos llenos de interés que, ora hacen humedecer los ojos con lágrimas de ternura, ora hacen vibrar el ser entre raptos de vergüenza e indignación, ora estremecen el espíritu entre oleadas de patriotismo y de entusiasmo.

Mientras Ud., mimado del Parnaso cuelga un florón más en su guirnalda y apresura su ascensión triunfal hacia la cúspide, envíole, desde

este natal girón suramericano, todas mis felicitaciones y aplausos, en gracia de sus cantares y de sus lauros; todos mis votos de simpatía y admiración.

Correspondiendo el sentimiento fraternal, me suscribo atentamente su afectísimo servidor y amigo.

MANUEL A. PRADOS.

(Escritor colombiano.)

Medellín (Colombia), 26 de mayo de 1915.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Estimado señor:

EL correo de la semana pasada me trajo la elegante edición de sus poesías «Libro de los Sonetos», con una galana dedicatoria que aprecio altamente.

Leí con detención y cuidado el libro de Ud. y creo mas conveniente formularle mi opinión sobre los sonetos que de sus páginas entresaco, antes que explicar un pequeño jui-

cio sintético que ni cobra ni encierra mérito alguno para su autor.

Empiezo:

Mis Rimas, broche de oro que abre el pórtico sagrado de su libro, es un soneto novedoso, que por sí solo constituye el programa de un soñador viril, eternamente enamorado de la Belleza.

La Muerta, composición de una delicadeza sutil, hace palpable la presencia de la evocada adorable y el espíritu del lector se siente poseído de esa vaga melancolía que se trasluce en el presente soneto que deja de ser bello para convertirse en una joyita literaria.....

.....
No pasaré sin evocar la heroica altivez del soneto *Soy Indio*, en el cual engarza el poeta un pedazo de su alma en un girón de rebeldía; sin pregonar en *A Marconi* la virilidad de la cadencia y la sonoridad en la rima; *El Obrero* es otro por el estilo del que precede; la tristeza, «el acerbo desencanto», canta Turcios en *Palingenesia* y por cierto que supo realzar la conclusión airosamente.

Permítame que reconozca en Ud. un poeta de vuelo, de inspiración enérgica que canta con un fervor delirante los paisajes de la Naturaleza, llenos de fuego y colorido; los cantos desolados, plenos de unción y melancolía, reveladores de un espíritu atormentado y las rimas amorosas que fabrica con delicadeza de artífice sobre los regios mármoles de la Belleza.

Las imperfecciones que contiene su libro y las asperezas de su personalidad literaria, las modelan el estudio, la observación, el trato con los ungidos y la experiencia de la vida.

Reciba mis felicitaciones y créame su ferviente admirador y acepte mi sincero saludo, mientras tengo el honor de estrechar su mano.

FEDERICO ALVAREZ HENAO.

(Inspirado poeta colombiano.)

ENTUSIASMO

Para el poeta Salvador Turcios R.

«Sublime vagabundo de la idea»,
quisiera levantarme en tus estrofas
para ceñir tu frente con las hojas
que mi entusiasmo con tus versos crea.



Leyendo tus sonetos se recrea
mi espíritu tan lleno de congojas,
y el esplín desfallece y lo despojas
de mi nublado cielo do campea.



Ensalzas con la grímpola de tu estro
el moderno soñar, cuyo delito
suele atacar el crítico siniestro.



Pero tú, con el eco de tu grito,
herirlo puedes y subiendo presto
dominarás por fin el infinito.

RAFAEL VALENCIA C.

(Poeta colombiano.)

Santuario (Colombia).1915.

ECOS DE LA «QUINCENA».

Salvador Turcios R., joven poeta salvadoreño, nos envía desde la capital de su país, con amable dedicatoria, el «Libro de los Sonetos», tomo bastante voluminoso de que él es autor.

Hemos leído con bastante atención el libro de Turcios y, efectivamente, como él dice en sus «Palabras Iniciales», especie de prólogo, y nosotros repetimos ahora, sus versos «son el principio de una aspiración magnífica que se esboza en el horizonte de una actividad personal.»

Antífona, sonetino que nos produce casi la misma impresión que despertan los fáciles y bien tallados octosílabos de Herrera y Reissig, el «gran poeta desconocido», de que nos habló no hace mucho Blanco Fombona; *Música Lejana*, soneto sentimental inteligentemente bautizado, son una promesa de lo mucho y bueno que Turcios producirá mañana, cuando su Musa se halle bien orientada.

Los críticos demolidores, *aquellos que en vez de guiar a los que pro-*

meten, se dan a la triste tarea de hacer reír a los necios, hallarán en el «Libro de los Sonetos» pasto suficiente para sus chocarrerías; pero nadie que se interese por los esfuerzos de la juventud, leerá, sin aplaudirlos, los siguientes endecasílabos que entresacamos de los sonetos «Bronces Patrios»: «El joven paladín de férrea cota», «La indómita altivez de la hidalguía», y muchos más que no citamos hoy por falta de espacio.

Vayan, pues, para el amigo Turcios nuestras sinceras congratulaciones.

(De la Revista ilustrada «Esto y Aquello», de Panamá, correspondiente al 28 de febrero de 1915.)

Barcelona (España), 5 de octubre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Distinguido señor:

TENGO el honor de acusar recibo de su obra «Libro de los Sonetos», que tan gentilmente me envía y dedica.

Accediendo muy honrado a la petición que me hace de mi modesta opinión, he de decirle que me he deleitado leyendo sus sonetos, difícil género que domina Ud. a maravilla y en el que demuestra un conocimiento de la métrica, un sentido de la musicalidad y una inspiración privilegiadas. Por todo ello reputo como notabilísimo el libro con que Ud. acaba de enriquecer la literatura centroamericana; y le expreso mi más sincera felicitación.

Soy de Ud. atento servidor que le saluda con la mejor consideración.

RAFAEL VEHILS.

(Distinguido publicista español).

BIBLIOGRAFÍA

«Libro de los Sonetos».—SALVADOR TURCIOS R.
Biblioteca del Ateneo de El Salvador.—

San Salvador.—1914.

Precedido de un prólogo del ilustrado escritor centroamericano José Dols. Corpeño, y de una carta del maestro en literatura Francisco

Gavidia, nos presenta en un libro el escritor y poeta hondureño Salvador Turcios R., una colección de cien sonetos. Priva en casi todos ellos, hecha excepción de algunos, la nota épica, el estro viril y robusto, la entonación de las patrias leyendas y los motivos nacionales, como quiera que éstos parece sean los de la preferencia del autor para sus lucubraciones poéticas e intelectuales.

Todavía el acierto definitivo para el manejo feliz del verso castellano no lo ha logrado este poeta, en muchos de sus sonetos nos encontramos con violencias en que la dicción del verso ha sido sacrificada a la armonía ideal, a la expresión y exteriorización del concepto; y en otros con granalla, arte pobre, en que la dignidad y nobleza del vocablo poético se resienten del desaliño y vulgaridad del vocablo de la prosa común, lo que ingratamente nos induce a creer que los tesoros del Gay-Saber aún permanecen semiocultos para este intelectual, que promete, no obstante estos defectillos, consecuencias, sin duda de su juventud literaria, -por la generosidad, ampli-

tud y grandeza en la elección de sus motivos, ser al correr del tiempo, un escritor y un poeta de América, digno heredero del legado de gloria que dejaron sus hermanos de la generación que le precediera en su Patria, los ilustres centroamericanos José Cecilio del Valle, Dionisio Herrera y Juan Ramón Molina.

Del libro de este apolonida es el robusto soneto que hoy insertamos en nuestras páginas, dedicado al Padre de la Patria.

(De la Revista «Literatura Andina», de Mérida, República de Venezuela, correspondiente al 20 de febrero de 1915).

San José (Costa Rica), 12 de septiembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Poeta de todo mi aprecio:

HE recibido el «Libro de los Sonetos», con que ha querido su temperamento de artista regalar nuestros espíritus dentro del vaso límpido de la lengua castellana.

Por el ejemplar que tan atentamente se sirvió dedicarme, reciba el testimonio de mi agradecimiento junto con mis votos porque el numen de su lírica original y sugestiva no se quede dormido cabe la fronda de laureles que tan brillantemente ha conquistado para usted.

Con un estrecho apretón de manos, me suscribo su afectísimo amigo.

ALEJANDRO RIVAS VASQUEZ.

(Ilustrado publicista venezolano.)

BIBLIOGRAFÍA

«Libro de los Sonetos».—Biblioteca del Ateneo de El Salvador, por SALVADOR TURCIOS R.—1914
San Salvador.—Imprenta Nacional.

UNA vez más tenemos que dar cuenta de la labor meritísima llevada a cabo por los socios de esa noble institución de cultura que se llama *Ateneo de El Salvador*. Es interesante ver cómo hay rincones de esta América Latina donde se labora constantemente en pro del pro-

greso y de la civilización. Es harto más interesante para nosotros el presenciar ese florecimiento intelectual y artístico en una pequeña nación, en una pequeña República, en la que sus habitantes tienen la conciencia plena de la tarea que deben ejecutar y de la misión que están llamados a realizar.

«El movimiento actual de la América exige, en lugar de versos eróticos, canciones a las flores, rimas galantes, quejas, sollozos, sueños, en fin, toda una serie de juegos malabares en renglones cortos, dísticos sonoros de combate, notas vibradoras y el grito épico», dice el doctor J. Dols. Corpeño en el prólogo al libro. Y Turcios es un poeta de combate, cada cuarteto suyo tiene sonoridades de clarín, cada terceto es un toque bélico, ardoroso. Sus composiciones tienen a las veces una vaga tristeza, están impregnadas de una sutil melancolía, no ñoña y melindrosa, sino varonil, levantada a las veces; mézclase a ella un cierto dejo de humorismo, un rasgo fino, elegante, que Turcios antes que nada es un poeta elegante.

La personalidad del poeta se muestra toda entera en este acervo de sonetos que componen su obra. Es él inconfundible, de idiosincracia perfectamente definida, un poeta nuevo, atormentado por esta vida tan compleja, que colma las almas de anhelos vagos, que puebla las mentes de imágenes indefinidas, lejanas, radiosas, de extraño prestigio, como entrevistas a través de ensueños orientales. Turcios es además latinoamericano, su alma se encuentra tocada también de esa duda; de esa incertidumbre sale nuestro porvenir. Esperanza, fe en las grandezas del mundo de Colón. Si, cierto, aspiraciones de ese mundo, despertar de razas, levantar de pueblos; es el acento que se refleja en esas rimas, en esos versos, de un poeta centroamericano.

¿La raza india prenderá su tristeza también en estas rimas? Los poetas mexicanos son melancólicos siempre, diríase que una añoranza, por la raza muerta, las informa que son lágrimas caídas sobre la tumba de la raza desaparecida. Salvador Turcios R se siente también influen-

ciado por esa evocación ancestral.

«Atada por extraños atavismos
tengo mi alma de indígena irredento,
y le rindo al poder del pensamiento
las preces de románticos lirismos.»

Esa es la obra, esa es el alma del poeta. Cien sonetos la componen, en esos cien hay trozos del *alma mater* del espíritu de América.

(De la Revista ilustrada «El Estudiante», de México, D. F., correspondiente al mes de octubre de 1914.)

México.—D. F.—septiembre 25 de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Mi dilecto amigo:

ME ha dado Ud. una de las satisfacciones más gratas de mi vida, con la ocasión de felicitarlo, con toda sinceridad, por su hermoso «Libro de los Sonetos», que me ha traído, junto con su amable recuerdo, momentos de verdadera complacencia.

Pocos son los instantes placenteros que disfruto de algún tiempo a esta

parte; y, créame amigo, la lectura de sus inspiradas composiciones, en esta *época gris*, positivista, en que la belleza parece desterrada por la prosaica realidad, me ha producido sacudimientos simpáticos de admiración al poeta, y cariño hacia el hermano en ideales, que hace revivir las vibraciones del plectro.

Hay sonoridad espontánea en su libro; y el derroche generoso de armonía y sentimiento, forman, en mi concepto, un conjunto digno de elogio: su aparición es un acontecimiento plausible que celebro muy sinceramente, enviándole un fraternal abrazo.

¡Ahora, amigo mío, adelante, que el porvenir le sonrío!

Su afectísimo admirador.

MANUEL ARMANDO DIAZ.

(Vibrante escritor y poeta ecuatoriano.)

Washington (D. C.), 19 de noviembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Distinguido señor y amigo:

HA sido un placer para mi, recibir su «Libro de los Sonetos», con su bondadosa dedicatoria.

Lleva mi sincera felicitación para el académico y para el poeta, junto con mi agradecimiento.

Con toda consideración, soy de Ud. su atento y seguro servidor.

CARLOS A. MEZA

(Abogado y diplomático salvadoreño.)

New York City, 8 de febrero de 1915.

Al señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

América Central.

Muy señor mío:

Tengo el honor de acusarle recibo del ejemplar de su «Libro de los Sonetos», que Ud. tuvo la bondad de enviarme. Doy a Ud. mis más

expresivas gracias por el preciado regalo de su libro. Agradezco sus respetos y cumplimientos y los retorno a la vez efusivamente. Este volumen lo pondré en la Biblioteca de la Universidad de Columbia donde se conservará, y los estudiantes de literatura lo aprovecharán muy bien.

Queda a sus órdenes.
Su seguro servidor.

NICHOLAS M. BUTTLER.

(Publicista norteamericano.)

New York City, 19 de septiembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Estimado Salvador:

Dos palabras de felicitación por un libro de poesías suyo que incidentalmente cayó en mis manos.

Los que como yo lo han estimado desde la primera juventud, con viejos lazos de amistad en la familia, lo mismo que por la belleza de la

obra, no podemos menos que sentirnos satisfechos al ver uno de los nuestros progresando, ya sea en las Industrias, en la Banca o en las Letras.

Debo serle franco, que en Nueva York, donde se cuenta el minuto en la diaria batalla de la vida, no habría leído su libro a no ser por los ataques implacables de un señor XXX.....

Usted debe valer algo cuando desaloja espacio en la atención pública, y hay un refrán en los Estados Unidos que tiene mucho de desagradable, pero al mismo tiempo es muy práctico: «Quien te ataca públicamente, pónlo en la planilla de pago de tus anuncios.»

Si en algo puedo serle útil, sabe que cuenta con la consideración más alta de su obsecuente amigo.

M. A. HERRADORA.

(Abogado y escritor.)

EL «LIBRO DE LOS SONETOS»

Salvador Turcios R., el poeta sincero, el poeta centroamericano, nos remite su *Libro de los Sonetos*, original y bien impreso, y más original y mejor escrito.

Es innegable que Turcios es un poeta, aunque la crítica, siempre sañuda, diga lo contrario.

El escritor que como Turcios, libre de toda preocupación o metros gramaticales, sabe estereotipar los sentimientos anidados en su alma de artista, es poeta, es más: *Un Sincero*, porque lo espontáneo no se medita, nace del corazón, se experimenta, se siente.....

Leyendo los sonetos de Turcios, podemos decir de él a manera de apólogo: Habrá gramáticos que te censuren, pero pocos que puedan comprender los sentimientos y las exquisiteces de tu alma rebelde y apasionada a la vez.

(De «El Mosquito», de Key West, Estados Unidos, correspondiente al 8 de mayo de 1915.)

BOOK OF SONNETS.

Latín América derived sincere gratification from the reception of a beautifully printed volume from San Salvador, republic of El Salvador, entitled «Libro de los Sonetos».

The poems are from the pen of the well know Central American poet Salvador Turcios R., and was published by the national printing establishment at San Salvador.

While Central America is noted for its superior writers both in prose and poetry it may safely boast a number of poets whose works betray a high order of talent. Mr. Turcios is regarded as one of the most facile writer and genuine poet of his country, for he has achieved a most enviable reputation wherever the Spanish language is spoken.

Latín América sincerely thanks the Biblioteca del Atenco de El Salvador for this constellation of poetic gems.

(De «Latín América», de New Orleans, E. E. U. U. de Norte América, correspondiente al 1º de noviembre de 1914.)

Santurce (Puerto Rico), 8 de noviembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Muy señor mío y de toda mi consideración:

HE recibido su «Libro de los Sonetos», donde su inspiración campea y se desborda artísticamente. ¿Quiere Ud. mi opinión? Pues, que continúe Ud. cultivando el *Gay Decir*. Y que la médula de sus cantares sea como la que entrañan los sonetos *Fiat, Ofrenda, La Tumba de Molina, A Cervantes* y el *Padre Hidalgo*. Hoy, como siempre, los poetas tienen la misión de ir a la vanguardia de los pueblos, siendo los heraldos de la libertad y la justicia. Con sus bélicas estrofas se defienden el hogar y la patria. ¡Apostolado sublime! Sin otro particular, quedo de Ud. atento seguro servidor.

CAYETANO COLL Y TOSTE.

(Eminente publicista portorriqueño.)

San Juan (Puerto Rico), 6 de abril de 1915.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Muy señor mío:

Tuve el agrado de recibir y leer el «Libro de los Sonetos», que tuvo Ud. la bondad de enviar a esta Biblioteca.

Como Ud. desea que le diga mi opinión acerca de él, cumplo el encargo como puedo, aunque no profeso la crítica ni tengo competencia para juzgar obras ajenas.

Como obra de la juventud, su libro es lozano, afuente y de atracción simpática. Tiene casi todo lo que da la naturaleza a los buenos poetas, y sólo me parece echar de menos a veces en él lo que da el estudio atento y constante de los buenos modelos, grandes maestros de la lírica, sin exclusivismos, ya que en todos los géneros hay autores admirables y la belleza no es propiedad de ninguno.

Después de haber leído su primer libro de versos, tengo el presentí-

miento de que cuando Ud. llegue al cuarto, y me lo haga conocer, he de aplaudirle con toda mi alma.

De Ud. con la más distinguida consideración.

MANUEL FERNANDEZ JUNCO.

(Distinguido escritor y actualmente Director de la Biblioteca Nacional de San Juan de Puerto Rico.)

Habana (Cuba), 21 de septiembre de 1914

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Muy distinguido señor mío:

Acabo de recibir su lindo «Libro de los Sonetos»; y me apresuro a darle las gracias por su fineza. Me es muy grato que me recuerde persona de tan bello talento como Ud.

Quedo a sus órdenes y soy su atento seguro servidor.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

(Eximio pensador y publicista cubano.)

Matanzas (Cuba). 23 de septiembre de 1914.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Mi buen amigo:

HE tenido el gusto de leer muchas de las bellas composiciones de su «Libro de los Sonetos», el que Ud. bondadosamente se ha dignado remitir a la redacción de *Sión*. La impresión recibida de esa lectura es favorable en alto grado a Ud. Se siente al poeta, se siente al inspirado, por mas que a veces el rigorismo del metro poético y la esclavitud sintáctica le hayan obligado a salvar como ha podido escollos que se levantarán ante la violencia de la inspiración. El manejo del idioma es admirable en esos sonetos, y los asuntos entrañan, en muchos casos, algo nuevo y apartado de la rutina habitual de los rimadores castellanos. El titulado *La Muerta*, *El Obrero*, *Los Vencidos*, *Legendaria*, *De mis Visiones* y *De mis Montañas*, se engarzan en raudales de armonía y buen gusto, como sarta de perlas.

¿Es su primer ensayo poético?
¡Adelante, hermano!, nuestros pue

blo, todos sentimiento, se educan en el pensar delicado y sublime con esas notas armoniosas de nuestra vena poética, tan fecunda y tan expresiva.

Mis felicitaciones, y con las mías, las de toda esta redacción.

Muy suyo.

J. v. COVA.

(Escritor cubano, Director de *Sion*, en Matanzas.)

Habana (Cuba), enero 13 de 1915.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Estimado colega:

HA sido Ud. muy amable y cortés enviándome su bello «Libro de los Sonetos», algunos de los cuales reproduciré en el Diario *Cuba* al que pertenezco. Es Ud. un poeta de gran temple, de brava alma y de sutil refinamiento. Así los necesita nuestra América, harta de caudillaje y matonería, ahita de sensiblería trasnochada y de mercantilismo cartaginés. La senda por donde Ud. ha

tomado es aquella por la que antes pasaron los victoriosos; es cuesta arriba, no cuesta abajo.

Su afectísimo amigo.

MARIO LESCANO ABELLA.

(Escritor cubano.)

Matanzas (Cuba), 30 de abril de 1915.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Distinguido señor:

Agradézcóle mucho el envío de sus bellos sonetos. Entre estos celebros el dedicado *A Cervantes, 15 de Septiembre, Excelsior, De mis Visiones, A Sor Ana, Bolívar*.

Por haberse agotado la última edición de mis *Vislumbres de Poeta*, y las de otras obras, no puedo corresponder a su obsequio.

Deseándole triunfos literarios y felicidad, queda a sus órdenes.

EMILIO BLANCHET.

(Notable escritor cubano.)

NOTAS

CON una fina y amable dedicatoria, hemos recibido el primoroso «Libro de los Sonetos», del distinguido poeta centroamericano Salvador Turcios R.—Pertenece este rimador de cosas bellas a la más joven generación literaria de San Salvador; pero hay en sus versos trazos vigorosos y pinceladas muy felices, reveladores de un temperamento perfectamente preparado para sentir toda manifestación de belleza y transformar en obra de perdurable valor artístico cuanto elemento le sea aportado por la observación de la vida y de la Naturaleza.

La conocida pluma del culto escritor José Dols. Corpeño, prologa este libro, que hemos leído con jubilosa delectación y por cuyo envío damos las gracias a su inspirado autor.

(De la Revista ilustrada «La Cuna de América», de Santo Domingo, República Dominicana, correspondiente al mes de abril de 1915.)

«LIBRO DE LOS SONETOS»

SALVADOR TURCIOS R.

CON muy atenta dedicatoria he recibido este libro, desde la progresista República de El Salvador. Su autor, el distinguido escritor y poeta don Salvador Turcios R., es uno de los intelectuales jóvenes centroamericanos que debido a esfuerzos propios y a su gran talento viene escalando las cimas de la fama y contribuyendo a hacer más grande el nombre de esa hermosa faja de tierra americana besada por dos mares: Centro-América. Turcios es un peregrino de la idea que de Honduras, su patria, pasó a El Salvador, predicando hermosos ideales y recibiendo los vivificadores rayos de la luz del saber de grandes maestros, para, a su vez, sembrar la simiente del bien y del ejemplo a sus compañeros y formar así un conglomerado intelectual de jóvenes que dé nombre y fama a las naciones centroamericanas entre sus demás

hermanas de América y su madre, la hidalga España.

El «Libro de los Sonetos» está formado de cien sonetos hilados bajo diferentes estados psicológicos de su autor, y viene prologado por el distinguido escritor doctor J. Dols. Corpeño; los versos de este libro no son una poesía maestra y digna de citas para gramáticas o críticas literarias; adolecen, como su autor mismo lo reconoce, de defectos que son *peccata minuta* de la juventud, ya que son obra de los primeros ensayos literarios. Reproducimos un soneto suyo, tomado del «Libro de los Sonetos», y conocerán por él mis lectores que el numen poético de Salvador Turcios R, promete, con su estudio y desarrollo, conquistar buen puesto entre nuestros poetas de América, ya que el genio se descubre en este libro.

Salvador Turcios R, ha venido coadyuvando en el florecimiento del ilustre «Ateneo de El Salvador», y en colaboración con J. Dols. Corpeño preparó y publicó por cuenta del Ateneo el *Libro Araujo*; además

tiene en preparación otros libros que no dudamos serán de valiosa utilidad.

(De la Revista «La Pluma», que redacta el conocido escritor G. Jiménez Herrera, en Valverde (Mao), República Dominicana, correspondiente a mayo y abril de 1915.)

Liverpool (Inglaterra), 25 de enero de 1915.

Señor don Salvador Turcios R.

San Salvador.

Estimado señor Turcios:

Perdóneme que no le haya dado antes las gracias por el amable envío de su último «Libro de los Sonetos», pero en los días que lo recibí estaba con tantas ocupaciones, que no me fue posible escribirle, a pesar de que tanto lo deseaba, porque ha de estar Ud. en que, si alguna cosa hago con gusto, es alentar y aplaudir los esfuerzos de la nueva generación, de la cual es Ud. uno de los exponentes más valiosos, no sólo por sus buenas dotes naturales, sino por su laudable empeño de sobre-

ponerse a esa nonchalance tropical, que destruye gérmenes valiosísimos, debilita voluntades y anula las más sanas intenciones.

Su libro me ha proporcionado ratos muy agradables, porque ha traído a mi retiro el bendito calor de la Patria Centroamericana, y porque me ha recordado que todavía hay quien labore entre la gente joven de mi país, y que, por ende, no se ha perdido toda esperanza de regeneración.

Reciba con mi cordial felicitación, mis mejores deseos para Ud. en el nuevo año y mi afectuoso saludo.

Su afectísimo servidor y amigo.

NICOLÁS LEIVA.

(Escritor y diplomático salvadoreño.)



INDICE

	Página
Frente al Peligro, por Salvador Martínez Figueroa.....	1
A Guisa de Prólogo, por el autor..	11
Cuartillas Internacionales.....	15
- El Protectorado de los Estados Unidos.....	25
La Frontera de la Muerte en Mar- cha.....	41
Por los grandes destinos de la Pa- tria.....	51
La conquista pacífica por los Es- tados Unidos.....	67
El verdadero patriotismo en Cen- tro América.....	79
Conclusión.....	99
Manuel Ugarte.....	103
Reflexiones.....	115
Párrafos finales.....	163
La Paradoja de la Independencia.	169
Alrededor del héroe nacional Ca- pitán General Gerardo Barrios	189
Los Partidos Políticos en Centro- América.....	213
La Paz.....	229
Fragmentos de varias opiniones acerca del «Libro de los Sone- tos».....	237 a 291

ESTE LIBRO FUE IMPRESO EN LOS
TALLERES TIPOGRÁFICOS DE DUTRIZ
HERMANOS, EN SAN SALVADOR, Y SE
TERMINÓ EL 16 DE OCTUBRE DE
MIL NOVECIENTOS QUINCE.

